ELEVACIÓN

STEPHEN KING

Lectulandia

El cuerpo de Scott Carey sufre un extraño fenómeno: pierde peso sin parar pero no se vuelve más delgado, su báscula le dice que cada día es un poco más ligero, sin importar si lleva o no ropa o cómo de pesada sea esta.

Castle Rock es una ciudad pequeña en la que las noticias vuelan y Scott no quiere ser sometido a pruebas y experimentos, así que solo confía su secreto a su amigo el doctor Ellis.

Sin embargo, el misterio de su insólita enfermedad causará efectos inesperados en la convivencia de la pequeña ciudad y sacará a la luz lo mejor de la gente que le rodea.

Stephen King

Elevación

ePub r1.0
Titivillus 06.05.2020

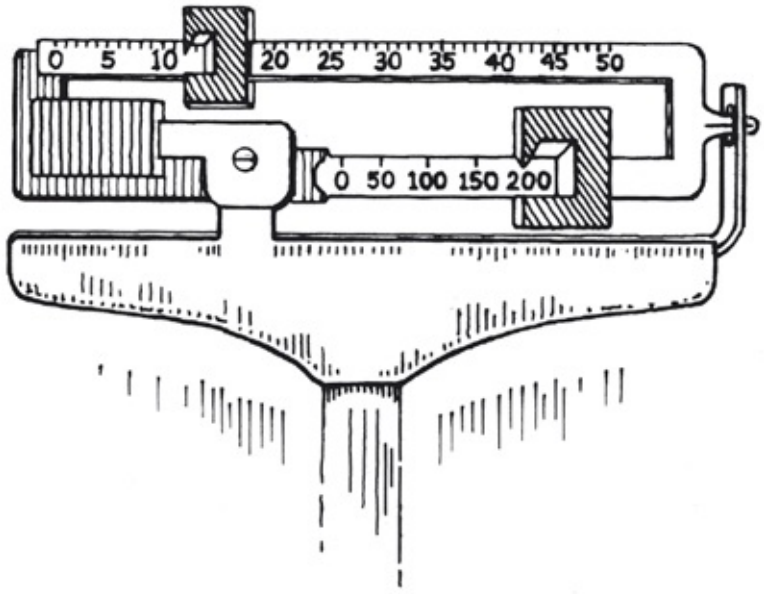
Título original: *Elevation*
Stephen King, 2019
Traducción: José Óscar Hernández Sendín
Diseño de cubierta: Will Staehle

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PROYECTO SCRIPTORIUM
7.º
ANIVERSARIO
MAS LIBROS, MAS LIBRES
EDICIÓN
CONMEMORATIVA

En recuerdo de
Richard Matheson

1
Pérdida de peso



Scott Carey tocó a la puerta de los Ellis, y el doctor Bob (que era como los residentes de Highland Acres seguían llamando a Bob Ellis a pesar de que llevaba cinco años retirado) le invitó a entrar.

—Bueno, Scott, pues aquí estás. A las diez en punto. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Scott era un hombre corpulento, de metro noventa y tres descalzo, que había empezado a echar barriga.

—No estoy seguro. A lo mejor no es nada, pero… Tengo un problema. Espero que no sea grave, pero pudiera ser.

—Y no quieres hablarlo con tu médico de cabecera, ¿no? —Ellis tenía setenta y cuatro años, cabellos plateados que raleaban y una leve cojera que no le entorpecía en la pista de tenis. Que era donde él y Scott se habían

conocido y donde se habían hecho amigos. Quizá no íntimos, pero amigos al fin y al cabo.

—Bueno, ya fui a verlo —replicó Scott— y me hizo un chequeo que llevaba un tiempo postergando. Análisis de sangre, de orina, de próstata…, el paquete completo, vamos. Todo bien. Tengo un poco alto el colesterol, pero dentro del límite normal. Era la diabetes lo que me preocupaba. El portal médico online WebMD sugería que era lo más probable.

Hasta que descubrió lo que sucedía con la ropa, claro. Lo de la ropa no aparecía en ninguna web, ni médica ni de ningún otro tipo. Desde luego, no tenía nada que ver con la diabetes.

Ellis lo guio a la sala de estar, donde un gran ventanal dominaba el *green* del hoyo catorce de la comunidad privada de Castle Rock en la que su mujer y él vivían ahora. El doctor Bob hacía el circuito de vez en cuando, pero prefería sobre todo el tenis. La mujer de Ellis, por el contrario, disfrutaba jugando al golf, y Scott sospechaba que ese era el motivo por el que residían allí, cuando no pasaban los inviernos en una urbanización similar de Florida, de aquellas dotadas de instalaciones deportivas.

—Si buscas a Myra —dijo Ellis—, está en una reunión del grupo de Mujeres Metodistas. O eso creo, porque podría ser uno de los comités municipales de los que forma parte. Y mañana viaja a Portland a una conferencia de la Sociedad Micológica de Nueva Inglaterra. Esa mujer para menos que un pollo en una parrilla caliente. En fin, quítate el abrigo, siéntate y cuéntame qué te ronda por la cabeza.

Aunque estaban a principios de octubre y el tiempo no era particularmente frío, Scott llevaba una parka North Face. Al despojarse de ella y dejarla a su lado en el sofá, los bolsillos tintinearon.

—¿Quieres un café? ¿O un té? Me parece que ha sobrado algún bollo del desayuno, si…

—Estoy perdiendo peso —lo interrumpió Scott de sopetón—. Eso es lo que me preocupa. ¿Sabes lo gracioso? Que antes ni me acercaba a la báscula del baño, porque en los últimos diez años o así las noticias que me daba no es que me entusiasmaran demasiado. Y ahora todas las mañanas me subo a ella nada más levantarme.

Ellis asintió con la cabeza.

—Entiendo.

Para él sí que no había ninguna razón para evitar la báscula, pensó Scott; el doctor era lo que su abuela habría llamado «una ristra de huesos». Si no se

veía sorprendido por algún acontecimiento imprevisto, contaba con muchas bazas para vivir otros veinte años. Quizá incluso rebasara el siglo.

—Comprendo perfectamente esa fobia a la báscula, es un síndrome que veía a diario cuando ejercía. También vi lo contrario: personas con bulimia o anorexia que se pesaban de forma compulsiva. Pero tú no das el tipo. —Se inclinó hacia delante, con las manos entrelazadas entre unos muslos flacuchos —. Entiendes que ya estoy jubilado, ¿no? Conque puedo aconsejarte, pero no extender recetas. Y lo más probable es que te aconseje que vuelvas a la consulta de tu médico y le expongas todo.

Scott esbozó una sonrisa.

—Mi médico me ingresaría en el hospital en el acto para someterme a pruebas, y el mes pasado recibí un encargo importante, diseñar una serie de sitios web interconectados para una cadena de grandes almacenes. No entraré en detalles, pero es un chollo. Tuve suerte de conseguirlo. Es una gran oportunidad para mí y, además, no hace falta que me mude de Castle Rock. Son las ventajas de la era de la informática.

—Pero no podrás trabajar si te pones enfermo —replicó Ellis—. Eres un tipo listo, Scott, y estoy seguro de que sabes que la pérdida de peso no solo es un indicador de diabetes, sino también de cáncer. Entre otras cosas. ¿De cuánto peso estamos hablando?

—Casi trece kilos. —Scott miró por la ventana y observó los carritos blancos de golf que circulaban sobre la hierba verde bajo un cielo azul. Una fotografía de esa imagen habría encajado bien en el sitio web de Highland Acres. Estaba seguro de que tendrían uno, todo el mundo estaba en internet en esos tiempos, hasta los tenderetes de carretera que vendían maíz y manzanas, pero él no lo había creado; él había progresado y no se ocupaba de minucias —. De momento.

Bob Ellis sonrió, enseñando unos dientes que aún eran los suyos propios.

—Es una pérdida apreciable, vale, pero me parece que podrás encajarlo. Te mueves bien en la pista de tenis para un hombre de tu tamaño y pasas tiempo en las máquinas del gimnasio, pero el exceso de kilos obliga a hacer un sobresfuerzo no solo al corazón, sino a todo el organismo, de la cabeza a los pies —explicó. Y luego—: Como seguro que ya sabes. Por WebMD. —Enfatizó las últimas palabras poniendo los ojos en blanco, y Scott sonrió—. ¿En cuánto estás ahora?

—Adivínalo —le retó Scott.

Bob se echó a reír.

—¿Qué te crees que es esto, la feria del condado? Pues se me han agotado los peluches.

—¿Cuánto tiempo ejerciste como médico de familia? ¿Treinta y cinco años?

—Cuarenta y dos.

—Pues no seas modesto, habrás pesado a miles de pacientes miles de veces. —Scott se levantó, un hombre alto de complexión robusta que llevaba vaqueros, camisa de franela y unas botas Georgia Giant raspadas. Presentaba más aspecto de leñador o de domador de caballos que de diseñador de webs —. Adivina primero cuánto peso y ya trataremos mi destino después.

El doctor Bob escrutó de arriba abajo los casi dos metros, contando las botas, de Scott Carey. Con ojo clínico, prestó especial atención a la curva de la barriga que le sobresalía sobre el cinturón y a los muslos, largos y gruesos, esculpidos por las prensas de piernas y las máquinas de sentadillas que Bob Ellis evitaba ahora.

—Desabróchate la camisa y mantenla abierta.

Scott obedeció y dejó al descubierto una camiseta gris con la leyenda: «UNIVERSIDAD DE MAINE – SECCIÓN DE ATLETISMO». Bob vio un pecho ancho, musculoso, pero que ya acumulaba esos depósitos adiposos que los críos listillos llamaban «tetas de hombre».

—Voy a decir… —Ellis hizo una pausa, de pronto interesado en el desafío—. Voy a decir ciento siete. Como mucho ciento nueve. Por lo que debías de estar por encima de los ciento veinte antes de empezar a adelgazar. Con lo bien que te desenvolvías en la pista de tenis, he de confesar que no se te notaban. Jamás lo habría imaginado.

Scott se acordó de la alegría que sintió cuando, a principios de mes, por fin se armó de valor para subirse a la báscula. Puro deleite, en realidad. El ritmo constante con que perdía peso desde entonces era preocupante, sí, pero solo un poco. Fue el asunto de la ropa lo que transformó la preocupación en miedo. No tenía que consultar WebMD para saber que lo relativo a la ropa era más que extraño; era una anomalía de cojones.

En el exterior, un carrito de golf circulaba al trantrán. Iban montados en él dos hombres de mediana edad, con pantalones de color rosa uno y verde el otro, los dos con sobrepeso. Scott pensó que a ambos les habría beneficiado prescindir del vehículo y hacer el recorrido a pie.

—¿Scott? —llamó el doctor Bob—. ¿Sigues ahí o has desconectado?

—Sigo aquí —contestó el otro—. La última vez que jugamos al tenis sí que estaba en ciento nueve. Lo sé porque fue cuando me atreví a subirme a la

báscula. Decidí que había llegado el momento de perder unos kilos, porque en el tercer set ya me faltaba el aliento. Y esta mañana he pesado noventa y seis coma dos.

Volvió a sentarse junto a la parka (de la que surgió otro tintineo). Bob lo observaba con atención.

—A mí no me lo parece, Scott. Perdona que te lo diga, pero das la impresión de estar más gordo.

—Pero ¿parezco sano?

—Sí.

—No estoy enfermo.

—No. Al menos no a simple vista, pero…

—¿Tienes báscula? Apuesto a que sí. Vamos a comprobarlo.

El doctor Bob lo meditó por un instante, preguntándose si el verdadero problema de Scott no radicaría en la materia gris por encima de las cejas. En su experiencia, eran sobre todo las mujeres las que tendían a desarrollar neurosis relacionadas con el peso, pero también les ocurría a los hombres.

—De acuerdo, lo confirmaremos. Ven conmigo.

Bob lo condujo a un estudio poblado de estanterías. Había una lámina de anatomía enmarcada en una pared y una hilera de diplomas en otra, pero Scott no apartaba los ojos del pisapapeles que reposaba entre el ordenador de Ellis y la impresora. Bob siguió su mirada y se echó a reír. Cogió la calavera de la mesa y se la lanzó a Scott.

—Es más de plástico que de hueso, así que no te preocupes si se te cae. Fue un regalo de mi nieto, el mayor. Tiene trece años, la que considero la edad de los regalos de mal gusto. Ven por aquí, a ver qué tenemos.

En el rincón había una báscula mecánica de columna, con un brazo metálico y dos pesas deslizantes, una de mayor tamaño que la otra. Ellis dio una palmadita al aparato.

—Lo único que conservé cuando cerré la consulta fue la lámina de anatomía y esto. Es una Seca, la báscula médica de más calidad que se ha fabricado nunca. Me la regaló mi esposa, hace muchos años, y créeme cuando te digo que a ella nadie la ha acusado jamás de tener mal gusto. Ni de ser tacaña.

—¿Es precisa?

—Pongámoslo así: si comprara un saco de harina de diez kilos y la báscula me indicara que son nueve y tres cuartos, volvería a la tienda y exigiría que me devolvieran el dinero. Deberías quitarte las botas si quieres algo próximo a tu peso real. ¿Y por qué te has traído el abrigo?

—Ya lo verás. —En vez de descalzarse, Scott se puso también la parka, al son del tintineo que surgía de sus bolsillos. Entonces, no solo completamente vestido, sino ataviado para aventurarse en un día mucho más frío que el que hacía, se subió a la báscula—. Métele caña.

Bob desplazó el contrapeso hasta el valor máximo de la escala para dejar margen a las botas y el abrigo, y luego procedió a deslizarlo en sentido contrario, empujándolo poco a poco con el dedo. La aguja no se movía, encallada en los 120, y en los 110, y en los 100, cosa que el doctor Bob habría creído imposible. La ropa y el calzado carecían ya de importancia; Scott Carey sencillamente parecía pesar más. Ellis podría haberse equivocado por dos o tres kilos, pero había tratado a demasiados hombres y mujeres con sobrepeso para cometer un error tan grave.

Por fin, la barra se niveló en 96,2 kilos.

—¡Que me aspen! —exclamó el doctor Bob—. Voy a tener que recalibrar este trasto.

—Yo creo que no —dijo Scott. Se bajó de la báscula y metió las manos en los bolsillos del abrigo. De cada uno de ellos sacó un puñado de monedas de veinticinco centavos—. Me he tirado años guardándolos en un orinal antiguo. Cuando Nora se marchó, estaba casi lleno. Debo de tener como mínimo dos kilos de metal en cada bolsillo, quizá más.

Ellis permaneció callado. No encontraba las palabras.

—¿Comprendes ahora por qué no quería ir a la consulta del doctor Adams? —Scott devolvió las monedas a los bolsillos, que emitieron el alegre tintineo habitual.

—Quiero asegurarme de que lo he entendido bien —dijo Ellis cuando recobró la voz—. ¿Obtuviste la misma lectura en casa?

—Hasta la última décima de kilo. Tengo una báscula de baño Ozeri, puede que no tan buena como esta belleza, pero la he calibrado y da medidas precisas. Ahora, mira esto. Normalmente me gusta algo de música sensual cuando me desnudo, pero, ya que nos hemos desvestido juntos en los vestuarios del club, supongo que podré pasar sin ella.

Scott se quitó la parka y la colgó en el respaldo de una silla. Luego, apoyándose primero con una mano y luego con la otra en el escritorio del doctor Bob para no perder el equilibrio, se sacó las botas. Después siguió con la camisa de franela. Se desabrochó el cinturón, se quitó los pantalones y se plantó de pie en calzoncillos, camiseta y calcetines.

—Podría quedarme en pelotas —dijo—, pero creo que así bastará para enseñarte lo que quiero enseñarte. Porque, verás, esto es lo que me asusta. Lo

que sucede con la ropa. Por eso quería hablar con un amigo que sepa mantener la boca cerrada y no con mi médico de cabecera. —Señaló las prendas y las botas en el suelo, luego la parka de bolsillos abultados—. ¿Cuánto calculas que pesa todo eso?

—¿Con las monedas? Siete kilos por lo menos. Puede que ocho o nueve. ¿Quieres que las pese?

—No —respondió Scott.

Se subió de nuevo a la báscula. No hubo necesidad de ajustar las pesas. La barra no se desniveló; continuaba marcando 96,2 kilos.

Scott se vistió y regresaron a la sala de estar. El doctor Bob sirvió una copa de Woodford Reserva para cada uno y, aunque eran poco más de las diez de la mañana, Scott no la rechazó. Se la tomó de un solo trago y el *whisky* le encendió un fuego reconfortante en el estómago. Ellis le dio dos delicados sorbitos, a modo de pájaro, como para catar su calidad, y luego se trasegó el resto.

—Sabes que es imposible, ¿no? —dijo mientras ponía el vaso vacío en una mesita de centro.

Scott asintió con la cabeza.

—Otro motivo por el que no quería hablar con el doctor Adams.

—Porque lo introduciría en el sistema —señaló Ellis—. Tendría que figurar en tu historial. Y, sí, habría insistido en someterte a una batería de pruebas para averiguar a ciencia cierta qué te ocurre.

Aunque no lo manifestó en voz alta, Scott consideró que «insistir» era una forma muy suave de describirlo. En la consulta del doctor Adams, la expresión que había asomado a sus pensamientos había sido «poner bajo custodia». Fue entonces cuando decidió mantener la boca cerrada y hablar con el médico jubilado amigo suyo.

—Pareces rondar los ciento diez —comentó Ellis—. ¿Te sientes así?

—No exactamente. Cuando pesaba ciento diez, me sentía un poco…, eh…, «plomizo». Ignoro si esa palabra está bien utilizada así, pero no se me ocurre una forma mejor de describirlo.

—Creo que capto la idea —dijo Ellis—, tanto si el diccionario la recoge con esa acepción como si no.

—No se trataba solo del sobrepeso, aunque sabía que influía. Era eso, y la edad, y…

—¿El divorcio? —preguntó con delicadeza, al más puro estilo del doctor Bob.

Scott dejó escapar un suspiro.

—Claro, eso también. Me ensombreció la vida. Ahora las cosas han mejorado, yo mismo me veo mejor, pero la sombra sigue ahí, no voy a mentirte. De todos modos, en ningún momento llegué a encontrarme mal físicamente, seguía haciendo ejercicio tres veces a la semana, nunca me quedaba sin aliento antes del tercer set, pero…, bueno…, eso: que me sentía plomizo. Ahora no. O no tanto, al menos.

—Tienes más energía.

Scott lo meditó y luego negó con la cabeza.

—No exactamente. Es más como si la misma energía me durara más.

—¿Letargos? ¿Fatiga?

—No.

—¿Inapetencia?

—Como como un caballo.

—Una última pregunta, y perdóname, pero tengo que hacértela.

—Pregunta lo que sea.

—No será ningún tipo de broma, ¿no? No estarás vacilando a este viejo matasanos jubilado, ¿verdad?

—Por supuesto que no —replicó Scott—. Me figuro que no servirá de nada preguntarte si conoces algún caso similar, pero ¿has leído sobre algo que se parezca?

Ellis negó con la cabeza.

—Me pasa lo mismo que a ti, no dejo de darle vueltas a la ropa. Y a las monedas de los bolsillos.

«Bienvenido al club», pensó Scott.

—Nadie pesa lo mismo desnudo que vestido. Es un hecho establecido, como la gravedad.

—¿Conoces portales médicos que puedas visitar para ver si existen otros casos como el mío? ¿O más o menos similares?

—Sí, y los buscaré, pero ya te aseguro que no encontraré ninguno. —Ellis titubeó por un instante—. Esto no es que escape a mi experiencia, afirmaría que escapa a cualquier experiencia humana. Joder, me gustaría decir que es imposible. Siempre y cuando, claro está, tu báscula y la mía sean fiables, pero no tengo razones para creer lo contrario. ¿Te ocurrió algo, Scott? ¿Cuál fue el origen? ¿Recibiste…, qué sé yo, radiación de algún tipo? ¿Es posible que aspiraras una bocanada de insecticida barato? Piensa.

—Le he dado mil vueltas. Hasta donde recuerdo, no ha pasado nada. Pero tengo una cosa clara: me ha sentado bien contártelo y no seguir rumiándolo yo solo.

Scott se levantó y cogió su abrigo.

—¿Adónde vas?

—A casa. Tengo que trabajar en unas páginas web. Es un asunto importante. Aunque he de admitir que ya no me lo parece tanto como antes.

Ellis lo acompañó hasta la puerta.

—Dices que has notado una pérdida de peso constante. Lenta, pero constante.

—Correcto. Medio kilo al día, más o menos.

—Y no depende de cuánto comas.

—No —dijo Scott—. ¿Y si continúa?

—Cesará pronto.

—¿Cómo puedes estar seguro si esto escapa a la experiencia humana? —El doctor Bob carecía de respuesta—. Guarda el secreto, Bob. Por favor.

—No hablaré si me prometes que me mantendrás al tanto. Estoy preocupado.

—Descuida.

En la veranda, los dos hombres permanecieron uno al lado del otro, contemplando el día. Era una visión agradable. El follaje otoñal se acercaba a su máximo apogeo y el color de las hojas incendiaba las colinas.

—Cambiando de lo sublime a lo ridículo —dijo el doctor Bob—, ¿cómo lo llevas con tus vecinas, las señoras del restaurante? He oído que has tenido problemas.

Scott no se molestó en preguntarle a Ellis cómo se había enterado; Castle Rock era un pueblo pequeño y la gente chismorreaba. Y suponía que los cotilleos se propagaban rápido cuando la mujer de un médico jubilado pertenecía a toda suerte de comités municipales y parroquiales.

—Si McComb y Donaldson te oyeran llamarlas «señoras», te añadirían a su lista negra. Pero, dada mi situación actual, me había olvidado de ellas.

Una hora más tarde, Scott se encontraba sentado en su estudio, parte de una bonita casa de tres pisos en Castle View, que dominaba la ciudad propiamente dicha. Una vivienda con un precio más alto del que él habría podido pagar con desahogo, pero Nora la había querido a toda costa, y él había querido a Nora. Y ahora ella vivía en Arizona y él se había quedado con un sitio que era

demasiado grande incluso para dos personas. Más el gato, por supuesto. Sospechaba que a ella le había resultado más duro abandonar a Bill que abandonar a su marido. Scott reconocía que esa idea destilaba un poco de mala leche, pero pocas verdades estaban exentas de maldad.

En el centro de la pantalla de su ordenador, destacaban las palabras HOCHSCHILD-KOHN MATERIAL BORRADOR 4 en letras grandes. Hochschild-Kohn no era la cadena para la que trabajaba, esta había echado el cierre hacía casi cuarenta años, pero, con un encargo de la entidad de aquel, no estaba de más andar prevenido con los *hackers*. De ahí el seudónimo.

Cuando Scott hizo doble clic, apareció la imagen de una antigua tienda de Hochschild-Kohn (al final la reemplazaría por un edificio mucho más moderno que pertenecía a la verdadera compañía que lo había contratado). Debajo de la foto se leía: «Tú pones la inspiración, nosotros el resto».

En realidad, había conseguido el encargo gracias a ese lema pergeñado rápidamente. El talento como diseñador era una cosa; la inspiración y el hallazgo de eslóganes ingeniosos era otra; cuando se fusionaban, se generaba algo especial. Él mismo era especial, tenía ante sí la oportunidad de demostrarlo y no pensaba desaprovecharla. Más adelante se vería obligado a colaborar con una agencia publicitaria, lo asumía, y retocarían sus textos y gráficos, pero no creía que cambiaran el eslogan. La mayoría de sus ideas básicas resistirían las revisiones. Tenían fuerza suficiente para sobrevivir a un puñado de peces gordos de Nueva York.

Volvió a hacer doble clic y en la pantalla se abrió un salón. Estaba totalmente vacío; no tenía lámparas ni apliques. Al otro lado de la ventana se divisaba una pradera que casualmente formaba parte del campo de golf de Highland Acres, donde Myra Ellis había jugado numerosas vueltas. Algunas veces, el cuarteto de Myra había incluido a la propia exmujer de Scott, que ahora vivía (y era de presumir que también jugaba al golf) en Flagstaff.

Bill E. Gato entró en el cuarto, soltó un maullido somnoliento y se le restregó contra la pierna.

—Ahora te echo de comer —murmuró Scott—. Espera un minuto. — Como si un gato comprendiera el concepto de un minuto en particular, o del tiempo en general.

«Como si yo lo comprendiera», pensó Scott. «El tiempo es invisible. A diferencia del peso».

Ah, pero eso quizá no fuese cierto. Uno sentía el peso, sí —cuando se cargaba con mucho, uno se volvía plomizo—, pero, en esencia, ¿acaso no se trataba, como el tiempo, de un constructo humano? Las manecillas de un

reloj, los dígitos de una báscula de baño, ¿no constituían tan solo una forma de intentar medir fuerzas invisibles que producían efectos visibles? ¿Un esfuerzo vano por confinar una realidad mucho mayor que la imaginada por los simples seres humanos?

«Déjate de historias o acabarás como una chota».

Bill emitió otro maullido y Scott centró de nuevo su atención en la pantalla del ordenador.

Sobre el yermo salón había un cuadro de búsqueda que contenía las palabras: «¡Elige tu estilo!». Scott tecleó; «Colonial americano», y la pantalla cobró vida, no de repente, sino despacio, como si un comprador meticuloso estuviera seleccionando cada mueble e incorporándolo al conjunto: butacas, un sofá, paredes rosas pintadas con plantillas en vez de empapeladas, un reloj Seth Thomas, una alfombra de retales en el suelo. Una chimenea con un acogedor fuego. Las lámparas del techo se componían de quinqués sobre ruedas de madera. Eran algo desmesuradas para el gusto de Scott, pero la gente de ventas con la que había tratado las adoraba y le había asegurado a Scott que a los clientes potenciales también les encantarían.

Podía deslizar un dedo y amueblar un comedor, un dormitorio, un estudio…, todo en el mismo estilo colonial. O podía regresar al cuadro de búsqueda y decorar esas habitaciones virtuales en estilo «Garrison», «Craftsman» o «Cottage». Sin embargo, la tarea de ese día era «Reina Ana». Scott abrió su portátil y empezó a seleccionar elementos de exposición.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, Bill regresó y se restregó y maulló con más insistencia.

—Vale, vale —dijo Scott, y se puso de pie. Se dirigió a la cocina, con Bill E. Gato abriendo la marcha con la cola levantada. Había una cierta elasticidad felina en los andares de Bill, y que le zurcieran si él no se había contagiado del mismo brío.

Vertió una ración de Friskies en el cuenco de Bill y, mientras el gato engullía la comida, él salió al porche delantero en busca de un soplo de aire fresco antes de regresar a las butacas Selby, los sofás Winfrey, las cómodas Houzz, todo con las famosas patas de la Reina Ana. Le recordaban a la clase de mueble que uno encontraba en las funerarias, chismes pesados con aspecto ligero, pero para gustos se crearon los colores.

Tuvo tiempo de ver a las «señoras», como las había llamado el doctor Bob, mientras salían de su propiedad y torcían hacia View Drive, luciendo sus largas piernas bajo unos *shorts* diminutos, azules los de Deirdre McComb, rojos los de Missy Donaldson. Llevaban sendas camisetas con propaganda del

restaurante que regentaban en el centro, en Carbine Street. Las seguían al trote dos bóxers casi idénticos, Dum y Dee.

Recordó entonces lo que el doctor Bob había comentado cuando Scott se marchaba (probablemente sin otra intención que poner fin a su encuentro en un tono más distendido), algo acerca de un pequeño problema que Scott tenía con las dueñas del restaurante. No se equivocaba, aunque no podía compararse a una amarga relación rota ni a una misteriosa pérdida de peso; era más como un herpes labial que se negaba a desaparecer. Deirdre era la que de verdad le irritaba, siempre con una sonrisa de superioridad esbozada en el rostro, una sonrisa que parecía decir: «Señor, ayúdame a soportar a estos idiotas».

Scott tomó una repentina decisión y se apresuró de vuelta al estudio (dando un ágil salto sobre Bill, que haraganeaba en el pasillo) a buscar su tableta. Mientras regresaba al porche a la carrera, abrió la aplicación de la cámara.

La mosquitera que protegía el porche lo ocultaba en parte, pero, en cualquier caso, las mujeres no le prestaban atención. Corrían por la acera de tierra compacta al otro lado de la calle, las brillantes deportivas blancas acuchillaban el aire, las coletas se balanceaban a su espalda. Los bóxers, robustos, pero aún jóvenes y atléticos, golpeteaban con fuerza el suelo siguiendo su ritmo.

Scott había visitado su casa dos veces por el asunto de los perros y las dos veces había hablado con Deirdre, que se había calzado pacientemente aquella sonrisa de leve superioridad mientras le explicaba que dudaba mucho que sus perros estuvieran haciendo sus necesidades en el césped de Scott. El jardín de atrás estaba vallado, le había asegurado, y durante la hora diaria que estaban fuera («Dee y Dum siempre nos acompañan a Missy y a mí cuando salimos a correr») se portaban requetebién.

—Creo que deben de oler a mi gato —había replicado Scott— y marcan el territorio. Lo comprendo y entiendo que no quieran llevarlos atados con correa, pero les agradecería que revisaran mi césped a la vuelta y controlaran los daños si fuera necesario.

—Controlar los daños —había repetido Deirdre, sin que le flaqueara la sonrisa en ningún momento—. Parece un poco militarista, pero puede que sea cosa mía.

—Como quiera llamarlo.

—Señor Carey, quizá haya perros que, como usted dice, hacen sus cosas en su jardín, pero no nuestros perros. ¿O acaso le inquieta otra cosa? No será

que tiene prejuicios contra el matrimonio entre personas del mismo sexo, ¿verdad?

A Scott le había faltado poco para estallar en carcajadas, lo que habría sido un gesto de diplomacia nefasta, incluso «trumpiana».

—Para nada. Mi prejuicio es contra los regalos sorpresa dejados por sus bóxers: no me gusta pisarlos.

—Una discusión muy instructiva —había concluido ella, aún con aquella sonrisa (no exasperante, como quizá ella esperaba, pero sí de lo más irritante) y, con suavidad pero con firmeza, le había cerrado la puerta en las narices.

Apartada de sus pensamientos la misteriosa pérdida de peso por primera vez en días, Scott observó a las dos mujeres que enfilaban en su dirección con los perros dando valerosas zancadas en su estela. Deirdre y Missy hablaban mientras corrían, riéndose de algo. Sus mejillas coloradas brillaban de sudor y buena salud. McComb era sin duda la mejor corredora de las dos y aminoraba a todas luces la marcha para que su compañera le siguiera el ritmo. Prestaban nula atención a los perros, aunque tampoco es que pudiera considerarse una negligencia por su parte; View Drive no era un hervidero de tráfico, especialmente en las horas centrales del día. Y Scott tenía que admitir que los perros se mantenían lejos de la calzada. Al menos en ese sentido los habían adiestrado bien.

«Hoy no pasará nada», pensó. «Nunca pasa nada cuando uno está preparado. Aunque sería un placer borrarle de la cara esa sonrisita a la señorita McComb…».

Pero sucedió. Primero uno de los bóxers se desvió del camino, y luego lo siguió el otro. Dee y Dum se internaron en el césped de Scott y se acuclillaron juntos. Scott levantó la tableta y sacó tres fotos en rápida sucesión.

Al anochecer, tras una cena temprana consistente en espaguetis a la carbonara y una porción de tarta de queso con chocolate, Scott se subió a la báscula Ozeri, con la esperanza que siempre abrigaba esos días de que las cosas finalmente se enderezaran. Pero no. A pesar de la comilona que acababa de zamparse, el aparato le informó de que había bajado a 95,6 kilos.

Bill lo miraba desde la tapa del inodoro, con la cola diestramente enroscada alrededor de sus zarpas.

—Bueno —le dijo Scott—, es lo que hay, ¿no? Como solía decir Nora al llegar a casa después de esas reuniones suyas, somos los arquitectos de nuestras vidas y la aceptación es la clave de la felicidad.

El gato se limitó a bostezar.

—Pero también cambiamos las cosas que podemos, ¿no? Vigila el fuerte. Tengo que hacer una visita.

Cogió el iPad y cruzó al trote los cuatrocientos metros que le separaban de la granja reformada en la que McComb y Donaldson llevaban viviendo unos ocho meses, desde la inauguración del Santo Frijol. Conocía su horario bastante bien, de esa forma distraída en que uno llega a conocer las idas y venidas de sus vecinos, y sabía que ese sería un buen momento para pillar a Deirdre a solas. Missy era la cocinera del restaurante y por lo general se marchaba para empezar con los preparativos de la cena alrededor de las tres. Deirdre, que era la mitad visible de la sociedad, se presentaba a eso de las cinco. Era quien estaba al mando, creía Scott, tanto en el trabajo como en el hogar. Missy Donaldson le había causado la impresión de ser una criatura dulce que contemplaba el mundo con una mezcla de miedo y asombro. Más de lo primero que de lo último, en su opinión. ¿Se consideraba McComb la protectora de Missy además de su compañera? Quizá. Probablemente.

Subió los escalones de la entrada y tocó al timbre. En el jardín de atrás, Dee y Dum se pusieron a ladrar.

Deirdre abrió la puerta. Llevaba un bonito vestido que le estilizaba la figura y con el que sin duda deslumbraba a los comensales cuando los recibía y les asignaba sus mesas. Los ojos constituían su mejor rasgo, un tono cautivador de gris verdoso, con las comisuras un poco curvadas hacia arriba.

—Vaya, señor Carey —saludó—. Qué alegría verle. —Y la sonrisa, que la desmentía: «Qué *aburrimiento* verle»—. Me encantaría invitarle a entrar, pero he de irme al restaurante. Tenemos muchas reservas esta noche. Turistas de otoño, ya sabe, de los que vienen por el follaje.

—No la entretendré —dijo Scott, calzándose su propia sonrisa—. Solo he pasado para enseñarle esto. —Y le tendió el iPad para que pudiera ver a Dee y a Dum de cuclillas en su jardín y cagando en tándem.

Ella se quedó mirando la foto un buen rato y la sonrisa se le marchitó en los labios, una visión que no proporcionó a Scott tanta satisfacción como había imaginado.

—Muy bien —dijo ella al cabo. La cadencia musical de su voz se había desvanecido. Sin ella, sonaba cansada y vieja para su edad, que debía rondar por los treinta y algo—. Usted gana.

—No se trata de ganar, créame. —Y, en el momento en que las palabras le brotaban de la boca, Scott se acordó de un profesor de la facultad que en

cierta ocasión señaló que había que desconfiar cuando alguien añadía un «créeme» al final de una frase.

—De acuerdo, me ha convencido, entonces. Ahora mismo no puedo ir a limpiarlo, y Missy ya está en el trabajo, pero me ocuparé de ello después de cerrar. No hace falta que deje encendida la luz del porche. Debería ser capaz de ver los… residuos… a la luz de las farolas.

—No es necesario. —Scott empezaba a sentirse mezquino. A sentir que, de algún modo, había obrado mal. «Usted gana», había dicho ella—. Ya lo he recogido yo. Solo quería…

—¿Qué? ¿Quedar por encima de mí? Pues, si era su propósito, misión cumplida. A partir de ahora Missy y yo iremos a correr al parque. No tiene por qué denunciarnos a las autoridades locales. Gracias y buenas noches. —La mujer empezó a cerrar la puerta.

—Espere un instante —le rogó Scott—. Por favor.

Ella lo escudriñó a través de la puerta medio entornada, con semblante inexpresivo.

—En ningún momento se me ha pasado por la cabeza quejarme a los de control de animales por unas cacas de perro, señorita McComb. Mire, solo quiero que seamos buenos vecinos. Mi único problema era el modo en que me menospreciaba. Se negaba a tomarme en serio, y así no es como se comportan los buenos vecinos. Al menos no por estos lares.

—Oh, sabemos exactamente cómo se comportan los buenos vecinos —replicó ella—. Por estos lares. —La sonrisa de leve superioridad había retornado y aún la lucía en el rostro cuando cerró la puerta. Aunque no sin que antes él alcanzara a vislumbrar en los ojos de la mujer un destello, quizá reflejo de sus lágrimas.

«Sabemos exactamente cómo se comportan los buenos vecinos por estos lares», pensó mientras descendía la colina. ¿Qué diantres significaba eso?

El doctor Bob le telefoneó dos días más tarde para preguntarle si se había producido algún cambio. Scott le comunicó que las cosas progresaban al mismo ritmo. Había bajado a noventa y cuatro.

—Es más regular que el demonio. Subirme a la báscula es como ver el cuentakilómetros de un coche andar hacia atrás.

—Pero ¿tus dimensiones físicas siguen sin cambios? ¿La talla de camisa? ¿La cintura?

—Sigo usando una cuarenta de cintura y una treinta y cuatro de largo. No necesito apretarme el cinturón. Ni aflojarlo, aunque parezco un leñador comiendo. Huevos, beicon y salchichas para desayunar. Y por las noches lo baño todo en salsa. Ingiero por lo menos tres mil calorías al día. Puede que cuatro. ¿Has investigado?

—Sí —respondió el doctor Bob—. Hasta donde me consta, nunca ha existido un caso como el tuyo. Abundan los informes clínicos de personas cuyo metabolismo funciona a toda máquina, personas que, en tus palabras, comen como leñadores y no engordan, pero no se conocen casos de pacientes que pesen lo mismo desnudos que vestidos.

—Oh, pero hay más cosas —dijo Scott. Volvía a sonreír. Sonreía mucho esos días, algo probablemente absurdo, dadas las circunstancias. Perdía peso como un enfermo de cáncer en fase terminal, pero el trabajo marchaba viento en popa y nunca se había sentido tan animado. A veces, cuando necesitaba un descanso de la pantalla del ordenador, se ponía música de la Motown y bailaba por el cuarto mientras Bill E. Gato lo miraba como si hubiera enloquecido.

—Cuéntamelo.

—Esta mañana me pesé recién salido de la ducha y en cueros. Noventa y cuatro kilos justos. Saqué las mancuernas del armario, las de diez, y me subí a la báscula con una en cada mano. Y seguía marcando noventa y cuatro kilos justos.

Silencio al otro lado de la línea por unos instantes.

—No me jodas —dijo Ellis al cabo.

—Bob, que me muera ahora mismo si te miento.

Más silencio. Y luego:

—Es como si te rodeara una especie de campo de fuerza que repele la gravedad. Sé que no quieres que te torturen con pinchazos y pruebas, pero esto es algo completamente nuevo. Y algo gordo. Podría tener implicaciones que ni siquiera somos capaces de concebir.

—No quiero convertirme en un monstruo de circo —dijo Scott—. Ponte en mi lugar.

—¿Lo meditarás al menos?

—Lo he meditado mucho. Y no me apetece formar parte del salón de la fama del *Inside View*, con mi foto entre las del Aviador Nocturno y Slender Man. Además, tengo que terminar el trabajo. He prometido a Nora un porcentaje del dinero; aunque el divorcio se resolvió antes de que consiguiera el encargo estoy seguro de que le vendrá bien.

—¿Cuánto tiempo tardarás?

—Quizá unas seis semanas. Claro que luego vendrán las revisiones y las pruebas, que me tendrán ocupado hasta el próximo año, pero lo principal lo acabaré en seis semanas.

—Si el proceso continúa a la misma velocidad, para entonces habrás bajado a setenta y cinco kilos.

—Pero conservaré el aspecto de un hombre imponente —replicó Scott, y se echó a reír—. Ahí queda eso.

—Pareces increíblemente contento, considerando lo que te pasa.

—Porque estoy contento. Puede sonar ridículo, pero es la verdad. A veces pienso que esta es la mejor dieta del mundo.

—Sí —dijo Ellis—, pero ¿dónde termina?

Un día, no mucho después de su conversación telefónica con el doctor Bob, se produjo el sonido de unos nudillos tímidos llamando a la puerta de Scott. Si hubiera tenido más alta la música —ese día escuchaba a los Ramones—, jamás lo habría oído y quizá la visitante habría desistido. Seguramente aliviada, pues, cuando abrió, allí se encontraba Missy Donaldson, que parecía medio muerta de pánico. Era la primera vez que la veía desde que sacó las fotos de Dee y Dum mientras se aliviaban en su jardín. Suponía que Deirdre había cumplido su palabra y que las mujeres ejercitaban ahora a sus perros en el parque municipal. Aunque, si dejaban que los bóxers corrieran con plena libertad por allí, se arriesgaban a meterse en un lío con el encargado del control de animales, por muy bien que se portaran los perros. Las correas eran obligatorias en el parque; Scott había reparado en las señales.

—Señorita Donaldson —saludó él—. Hola.

Era también la primera vez que la veía sola y se cuidó mucho de traspasar el umbral y de realizar movimientos bruscos. La mujer parecía al borde de bajar los escalones de un salto y huir a la carrera, asustada como un cervatillo. Era rubia, no tan guapa como su compañera, pero tenía un rostro dulce y ojos azul claro. Había algo frágil en ella, algo que a Scott le recordó la vajilla decorativa de porcelana de su madre. Resultaba difícil imaginarse a esa mujer en la cocina de un restaurante, moviéndose de olla en olla y de sartén en sartén entre el vapor, emplatando cenas vegetarianas y dando órdenes al mismo tiempo.

—¿En qué puedo ayudarla? ¿Quiere entrar? Tengo café…, o té, si lo prefiere.

Ella sacudía la cabeza antes de que terminara de pronunciar las ofrendas normales de hospitalidad, con tanta fuerza que la coleta oscilaba de un hombro a otro.

—He venido a pedirle disculpas. Por Deirdre.

—No tiene por qué —dijo él—. Como tampoco tienen por qué sacar a los perros en el parque. Lo único que pido es que lleven un par de bolsas para excrementos y revisen mi césped al volver. No es mucho pedir, ¿no?

—No, para nada. Incluso se lo sugerí a Deirdre. Se cabreó una barbaridad.

Scott lanzó un suspiro.

—Lo lamento, señorita Donaldson…

—Llámeme Missy, si quiere. —Bajó los ojos y un tenue rubor le coloreó las mejillas, como si hubiera hecho un comentario que pudiera considerarse subido de tono.

—Me gustaría. Porque lo único que quiero es que seamos buenos vecinos. Como la mayoría de la gente que vivimos en Castle View, ¿sabe? Y me da la impresión de que he empezado con mal pie, aunque ignoro cómo podría haber empezado con el bueno.

Aún sin apartar la vista del suelo, ella dijo:

—Vivimos aquí desde hace casi ocho meses y la única vez que nos ha hablado de verdad, a alguna de las dos, fue cuando nuestros perros le ensuciaron el jardín.

Tenía más razón de lo que a Scott le habría gustado admitir.

—Fui a darles la bienvenida con una bolsa de dónuts cuando se mudaron —se justificó él, aunque sin demasiada convicción—, pero no estaban en casa.

Supuso que preguntaría por qué no había vuelto a intentarlo, pero no lo hizo.

—He venido a pedirle disculpas en nombre de Deirdre, pero también quería defenderla. —Alzó la mirada y la fijó en los ojos de Scott. Le exigió un esfuerzo evidente (aferraba la cintura de sus vaqueros con las manos), pero lo logró—. En realidad no está enfadada…, bueno, sí, pero no solo con usted. Está enfadada con todo el mundo. Venir a Castle Rock ha sido un error. Nos decidimos porque el local estaba acondicionado, el precio era razonable y queríamos salir de la ciudad…, o sea, de Boston. Conocíamos los riesgos, pero parecían aceptables. Y el pueblo es precioso. Bueno, ya lo sabe, imagino.

Scott asintió con la cabeza.

—Pero es probable que perdamos el restaurante. Con toda seguridad tendremos que cerrar si las cosas no toman un rumbo diferente antes del día de San Valentín. Es la única razón por la que permitió que la pusieran en ese cartel. No habla de lo mal que están las cosas, pero lo sabe. Las dos lo sabemos.

—Mencionó algo de los turistas de otoño…, y todo el mundo dice que el pasado verano fue especialmente bueno…

—El verano fue bueno —confirmó ella, con voz un poco más animada—. Y en cuanto a los turistas, hemos tenido alguno, pero la mayoría se dirigen al oeste, a New Hampshire. North Conway tiene un montón de tiendas para ir de compras, y más atracciones turísticas. Supongo que en invierno tendremos esquiadores de paso hacia Bethel o Sugarloaf…

Scott sabía que la mayoría de los esquiadores evitaban entrar en Castle Rock y tomaban la estatal 2, que los conducía directamente a las estaciones de esquí del oeste de Maine, pero ¿por qué desmoralizarla más de lo que ya estaba?

—Solo que, cuando llegue el invierno, necesitaríamos que la gente de aquí nos apoyara un poco. Usted sabe cómo funcionan las cosas en un pueblo como este, seguro. Los lugareños hacen negocios unos con otros durante los meses de frío, lo que les basta para capear el temporal hasta que vuelven los veraneantes. La ferretería, el almacén de madera, la Cafetería de Patsy…, resisten los meses de vacas flacas. Pero al Frijol no viene mucha gente de Castle Rock. Algunos, pero no los suficientes. Deirdre dice que no es solo porque seamos lesbianas, sino porque estamos casadas. Detesto la idea…, pero creo que tiene razón.

—Estoy seguro de que… —La voz de Scott acabó diluyéndose. ¿De que no era cierto? ¿Cómo diablos iba a saberlo cuando ni siquiera se había detenido a pensarlo?

—¿Seguro de qué? —preguntó ella. No en tono arrogante, sino de sincera curiosidad.

Se acordó de la báscula del baño y del retroceso implacable de los números.

—En realidad no estoy seguro de nada. Si es cierto, lo siento.

—Debería venir a cenar una noche —le propuso ella. Podría haber sido una forma insidiosa de insinuar que sabía que él nunca había comido en el Santo Frijol, pero no lo creía. No creía que esa joven albergara ni una pizca de malicia en su interior.

—Iré —aceptó él—. Deduzco que sirven frijoles, ¿no?

Missy sonrió y se le iluminó el rostro.

—Oh, sí, de muchas variedades.

Scott le devolvió la sonrisa.

—Una pregunta estúpida, supongo.

—Tengo que irme, señor Carey…

—Scott.

Ella asintió con la cabeza.

—Vale, Scott. Me ha gustado hablar con usted. Necesité de todo mi valor para acercarme hasta aquí, pero me alegro de haber venido.

Le tendió la mano y Scott se la estrechó.

—Solo le pido un favor. Si por casualidad ve a Deirdre, le agradecería que no mencionara que he pasado a verle.

—Delo por hecho —le aseguró Scott.

El día siguiente a la visita de Missy Donaldson, mientras terminaba de comer sentado a la barra de la Cafetería de Patsy, Scott oyó que alguien en una de las mesas a su espalda hacía mofa de «ese restaurante de comealmejas». Brotaron carcajadas. Scott miró la porción de tarta de manzana, aún a medias, y el cucharón de helado de vainilla que empezaba a derretirse a su alrededor. Tenía buena pinta cuando Patsy se lo sirvió, pero ya no le apetecía.

¿Había oído comentarios similares otras veces y le habían pasado desapercibidos, como solía sucederle con la mayoría de la cháchara intrascendente (al menos para él) que captaba por casualidad? No le gustaba pensar en tal posibilidad, pero no la descartaba.

«Es probable que perdamos el restaurante», había reconocido ella. «Necesitaríamos que la gente de aquí nos apoyara un poco».

Había usado el condicional, como si en el Santo Frijol ya colgara un letrero de SE VENDE O ALQUILA en la ventana.

Se levantó, dejó una propina bajo el plato del postre y pagó la cuenta.

—¿No te has podido acabar la tarta? —preguntó Patsy.

—Parece que tenía más sitio para ella en los ojos que en el estómago —dijo Scott, aunque no respondía a la verdad. Sus ojos y estómago conservaban su tamaño habitual, solo que pesaban menos. Lo sorprendente era que ya no le obsesionaba, ni siquiera le importaba demasiado. Quizá sufriera un trastorno inaudito, sí, pero en ocasiones abandonaba su mente por completo. Se había olvidado de ello mientras aguardaba, tableta en mano, para cazar a Dee y

Dum evacuando en su jardín. Y se olvidó de ello en ese instante. Sus pensamientos se centraban ahora solo en aquella perla sobre las comealmejas.

Había cuatro individuos sentados a la mesa en cuestión, tipos fornidos con ropas de trabajo. Una hilera de cascos engalanaba el alféizar. Los hombres llevaban monos de color naranja con las letras OPCR estampadas en ellos: Obras Públicas de Castle Rock.

Scott pasó a su lado de camino a la puerta, la abrió, entonces cambió de idea y se acercó a la mesa ocupada por la cuadrilla. Conocía a dos de los hombres, había jugado al póquer con uno de ellos, Ronnie Briggs. Gente del pueblo, igual que él. Vecinos.

—¿Sabéis una cosa? Eso que habéis dicho es repugnante.

Ronnie levantó la mirada, perplejo; luego reconoció a Scott y sonrió.

—Eh, Scotty, ¿cómo te va?

Scott no le hizo caso.

—Esas mujeres viven en mi calle. Son buenas personas. —Al menos Missy. Por McComb no habría puesto la mano en el fuego.

Uno de los hombres, fornido y ancho de espaldas, se cruzó de brazos y miró con fijeza a Scott.

—¿Hablábamos contigo?

—No, pero…

—Exacto. Así que pírate.

—… pero he tenido que oírlo.

El local era pequeño, pero siempre estaba atestado a la hora de la comida y bullía de cháchara. En ese momento las conversaciones se acallaron y el atareado rechinar de los tenedores sobre los platos se detuvo. Las cabezas se giraron. Patsy se encontraba apostada junto a la caja registradora, alerta por si surgían problemas.

—Te lo repito una vez más, colega, pírate. Lo que hablemos no es asunto tuyo.

Ronnie se apresuró a levantarse.

—Oye, Scotty, ¿por qué no salgo afuera contigo?

—No hace falta —replicó Scott—. No necesito escolta, pero primero tengo que decir una cosa. Si coméis en su restaurante, estáis en vuestro derecho de criticar la comida todo lo que queráis. En lo demás, cómo decidan esas mujeres vivir su vida no os incumbe. ¿Queda claro?

El hombre que había preguntado si estaba invitado a la conversación descruzó los brazos y se puso de pie. No era tan alto como Scott, pero sí más

joven y musculoso. Tenía el cuello ancho y enrojecido, el color le inflamaba las mejillas.

—Más te vale cerrar la bocaza antes de que te la reviente.

—De eso nada, de eso nada —intervino Patsy con dureza—. Scotty, deberías irte.

Salió del restaurante sin rechistar y aspiró una profunda bocanada del frío aire de octubre. A su espalda oyó un golpe en el cristal. Se giró y vio al señor «Cuellotoro», que lo observaba. Estiró un dedo, como instándole: «Espera un momento». La ventana de la Cafetería de Patsy estaba empapelada con toda suerte de anuncios. Cuellotoro arrancó uno de los carteles, se dirigió a la puerta y la abrió.

Scott cerró los puños. No se había enzarzado en una pelea desde el instituto (una batalla épica que había durado quince segundos y en la que había lanzado seis puñetazos, cuatro de ellos fallidos), pero se descubrió de pronto deseando iniciar otra. Se sentía liviano, más que preparado, ágiles las piernas. No enfadado; feliz. Optimista.

«Flota como una mariposa, pica como una abeja», se dijo. «Venga, machote».

Sin embargo, Cuellotoro no parecía dispuesto a pegarse. Estrujó el cartel y lo tiró a la acera a los pies de Scott.

—Ahí tienes a tu amiguita —le espetó—. Llévatelo para que puedas pajearte en casa, anda. Porque, menos si la violas, es lo más cerca que vas a estar de follártela.

Volvió adentro y se sentó junto a sus compañeros, con gesto satisfecho: caso cerrado. Consciente de que todos los parroquianos lo observaban a través de la ventana, Scott se agachó, recogió el cartel arrugado y se alejó caminando hacia ninguna parte en particular, tan solo para escapar de las miradas. No se avergonzaba ni se sentía idiota por haber montado un espectáculo en la cafetería donde comía medio pueblo, pero todos aquellos ojos interesados le molestaban. Le indujo a preguntarse por qué querría nadie subirse a un escenario a cantar, actuar o contar chistes.

Alisó la bola de papel y enseguida le acudió a la mente algo que había dicho Missy Donaldson: «Es la única razón por la que permitió que la pusieran en ese cartel». Por lo visto, se refería al Comité Organizador de la Carrera del Pavo de Castle Rock.

El centro de la hoja lo ocupaba una fotografía de Deirdre McComb. Había más corredores, la mayoría detrás de ella. Llevaba un gran número 19 prendido a la cinturilla de sus pantalones cortos azules, y una camiseta con las

palabras MARATÓN DE NUEVA YORK 2011 en la delantera. En su rostro se percibía una expresión que Scott jamás habría asociado con ella: radiante felicidad.

La leyenda rezaba: «Deirdre McComb, copropietaria de Santo Frijol, la nueva experiencia gastronómica de Castle Rock, acercándose a la línea de meta de la Maratón de Nueva York, en la que acabó CUARTA dentro de la Categoría Femenina. Ella ya ha confirmado su participación este año en la Carrera del Pavo de Castle Rock. ¿Y TÚ?».

Los detalles se facilitaban debajo. La carrera anual de Acción de Gracias de Castle Rock se celebraría el viernes siguiente a la festividad, con salida en las instalaciones del Departamento de Parques y Recreo en Castle View, y finalización en el Puente de Hojalata, en el centro de la ciudad. La inscripción, en las mismas oficinas, estaba abierta a todas las edades y costaba cinco dólares para los adultos residentes, siete para los forasteros y dos para los menores de quince años.

Al contemplar el rostro exultante de la mujer de la fotografía —la euforia endorfínica del corredor en estado puro—, Scott comprendió que Missy no había exagerado sobre la esperanza de vida del Santo Frijol. Ni un ápice. Deirdre McComb era una persona orgullosa, con un alto concepto de sí misma, que se ofendía a la mínima; demasiado susceptible, en opinión de Scott. Permitir que utilizaran su imagen de esa forma, seguramente solo por la mención de «la nueva experiencia gastronómica de Castle Rock», debía de obedecer a una táctica desesperada. Cualquier cosa, lo que fuese, para atraer a unos pocos clientes más, aun cuando estos solo tuvieran el propósito de admirar aquellas largas piernas junto al atril de la *maître*.

Dobló el cartel, se lo guardó en el bolsillo de atrás de los vaqueros y caminó despacio por Main Street, fijándose en los escaparates de las tiendas por las que pasaba. Había carteles en todos ellos: carteles de cenas comunitarias de alubias, carteles del gran rastrillo anual en el aparcamiento del circuito de Oxford, anuncios de una fiesta en la iglesia católica y de un picoteo en el parque de bomberos. Vio el cartel de la Carrera del Pavo en el escaparate de un negocio, Servicios Informáticos Castle Rock, pero nada más, hasta que llegó al Rincón del Libro, un diminuto edificio al final de la calle.

Entró, curioseó un poco y al cabo pescó un libro de fotografías de la mesa de saldos: *Muebles de Nueva Inglaterra*. No esperaba encontrar nada que le sirviera para su proyecto —a fin de cuentas, estaba cerca de culminar la primera fase—, pero nunca se sabía. Mientras le pagaba a Mike Badalamente,

el dueño y único empleado, hizo un comentario sobre el cartel de la ventana y mencionó que la mujer era su vecina.

—Sí, Deirdre McComb fue una atleta destacada durante casi diez años —le contó Mike mientras metía el libro en una bolsa—. Habría participado en los Juegos Olímpicos de 2012 si no se hubiera roto el tobillo. Mala suerte. Tengo entendido que ni siquiera llegó a intentarlo en 2016. Me figuro que ya estará retirada de la alta competición, pero me muero por correr con ella este año. —Esbozó una amplia sonrisa—. Tampoco es que vaya a aguantarle el ritmo mucho rato una vez que se dé el pistoletazo de salida. No tendrá rival.

—¿Ni hombre ni mujer?

Mike se echó a reír.

—Por algo la llamaban el Relámpago de Malden, colega. Malden es la ciudad donde nació.

—He visto un cartel en la Cafetería de Patsy, otro en la tienda de informática y el de tu escaparate, pero no en más sitios. ¿Cuál es el motivo?

A Mike se le desdibujó la sonrisa.

—No es nada de lo que enorgullecerse. Ella es lesbiana. Seguramente no habría causado ningún revuelo si se lo hubiera guardado para sí, a nadie le importa lo que pasa tras una puerta cerrada, pero tuvo que presentar a la cocinera del Santo Frijol como su esposa. Mucha gente de por aquí lo ha interpretado como un gesto de desprecio, para fastidiar.

—¿Y por eso los negocios no anuncian la carrera, aunque la recaudación beneficiará a la ciudad? ¿Solo porque aparece su foto?

En vista de cómo había reaccionado Cuellotoro, arrancando el cartel de la Cafetería de Patsy, aquellas ni siquiera eran preguntas reales, sino tan solo una manera de aclarar sus propias ideas. En cierto sentido le embargaba la misma sensación que cuando, a la edad de diez años, el hermano de su mejor amigo los había sentado a los dos para explicarles de dónde venían los niños. Ahora, al igual que entonces, Scott había captado una vaga noción del conjunto, pero los detalles específicos no dejaban de sorprenderle. ¿De verdad la gente hacía eso? Pues sí, y parecía que también hacía esto otro.

—Van a sustituirlos por unos nuevos —reveló Mike—. Resulta que estoy enterado porque pertenezco al comité. Lo propuso el alcalde Coughlin. Ya conoces a Dusty, el rey del compromiso. Los nuevos mostrarán un puñado de pavos corriendo por Main Street. A mí no me gusta y voté en contra, pero entiendo sus motivaciones. El ayuntamiento le da al Departamento de Parques y Recreo una miseria, dos mil dólares. No es suficiente para mantener el

parque, mucho menos para financiar las demás actividades que organizan. La Carrera del Pavo recauda casi cinco mil, pero tenemos que darle publicidad.

—Así que… solo por ser lesbiana…

—Una lesbiana *casada*, lo que para muchos es un factor determinante. Ya conoces el condado de Castle, Scott. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? ¿Veinticinco años?

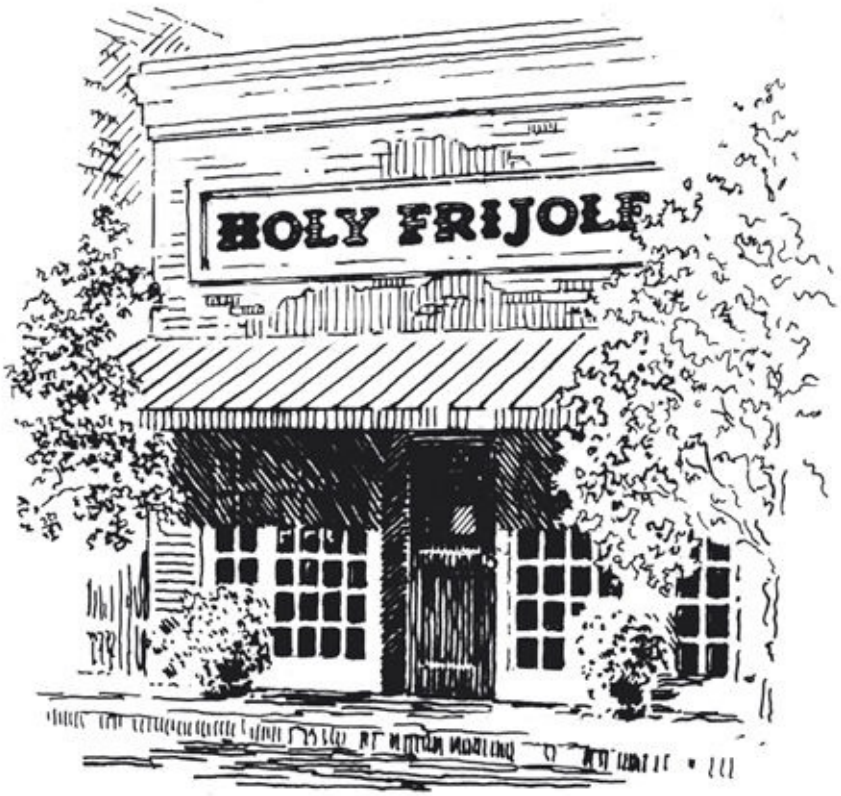
—Más de treinta.

—Ajá, son republicanos de la rama dura. Y conservadores. En 2016, tres de cada cuatro eligieron a Trump y creen que ese gobernador nuestro que tiene petrificado el cerebro camina sobre las aguas. Si esas mujeres hubieran mantenido su matrimonio en secreto, les habría ido bien, pero no. Ahora hay gente que piensa que intentan enviar algún tipo de mensaje. Yo mismo creo que ellas o bien ignoraban cuál es el clima político aquí, o bien son idiotas, lisa y llanamente. —Hizo una pausa—. Pero tienen buena comida. ¿Has estado allí?

—Todavía no —respondió Scott—, pero tengo planeado ir.

—Bueno, no esperes demasiado —le aconsejó Mike—. El año que viene por esta época es muy probable que haya una heladería en su lugar.

2
El Santo Frijol



En lugar de regresar a casa como era su intención, Scott decidió dar un paseo hasta el parque municipal para hojear su nueva adquisición y mirar las fotos. Mientras caminaba por la otra acera de Main Street, descubrió lo que ahora denominaba el Cartel de Deirdre una vez más, en la tienda de lanas y labores. En ningún otro sitio.

Mike no había dejado de decir «ellas» y «esas mujeres», pero él albergaba sus dudas. Todo giraba en torno a McComb. Ella era la mitad agresiva de la pareja, la provocadora. Sospechaba que Missy Donaldson habría estado

encantada de no divulgar su relación. Esa otra mitad de la pareja pasaría serios apuros para espantar a una mosca.

«Pero le echó agallas para venir a verme y contar lo que contó», pensó.

Sí, y por ello le había caído bien.

Dejó el *Muebles de Nueva Inglaterra* en un banco del parque y empezó a subir y bajar los escalones del quiosco de música. No era ejercicio lo que le demandaba el cuerpo, solo movimiento.

«Soy culo de mal asiento», pensó. «Por no mencionar el resto de mi cuerpo».

Subía, más que al trote, a saltos, como si tuviera muelles en los pies. Lo repitió media docena de veces y luego regresó al banco, donde constató con interés que respiraba sin dificultad y que sus pulsaciones se habían elevado solo levemente.

Sacó el teléfono y llamó al doctor Bob. Lo primero que quiso saber Ellis fue su peso.

—Noventa y dos y medio esta mañana —respondió Scott—. Escucha, ¿has…?

—Conque aún sigue. ¿Has meditado lo de tomártelo en serio y ahondar en el asunto? Porque una pérdida de casi veinte kilos, kilo arriba o abajo, es grave. Tengo contactos en el Hospital General de Massachusetts y creo que someterte a una batería completa de pruebas no te costaría ni un centavo. De hecho, puede que hasta te pagaran.

—Bob, me encuentro bien. Mejor que bien, la verdad. Te llamo para preguntarte si ya has comido en el Santo Frijol.

Hubo un momento de silencio mientras Ellis digería el cambio de tema. Entonces dijo:

—¿El restaurante de tus vecinas lesbianas? No, todavía no.

Scott frunció el ceño.

—¿Sabes una cosa? Seguro que su orientación sexual no es lo único que las define. Vamos, creo yo.

—Relájate. —La voz denotaba un repentino desconcierto—. No pretendía herir tu sensibilidad.

—Vale. Es que… hubo un incidente en la comida. En la Cafetería de Patsy.

—¿Qué clase de incidente?

—Una pequeña discusión. Por ellas. No importa. Escucha, Bob, ¿y si salimos una noche a cenar al Santo Frijol? Yo invito.

—¿Cuándo?

—¿Te viene bien hoy?

—Esta noche no puedo, pero el viernes sí. Myra se irá a pasar el fin de semana a casa de su hermana, en Manchester, y yo cocino de pena.

—Pues tenemos una cita —dijo Scott.

—Una cita entre hombres —convino Ellis—. Lo siguiente será proponerme matrimonio.

—Cometerías bigamia —replicó Scott—, así que no te tentaré. Solo te pido un favor: encárgate tú de la reserva.

—¿Sigues a malas con ellas? —A Ellis parecía divertirle—. ¿No sería mejor ir a otro sitio? Hay un buen italiano en Bridgton.

—No. Se me ha antojado comida mexicana.

El doctor Bob suspiró.

—De acuerdo, haré la reserva, aunque, si lo que he oído de ese sitio es cierto, dudo que sea necesaria.

El viernes, Scott pasó a recoger a Ellis, porque al doctor Bob ya no le gustaba conducir de noche. El trayecto al restaurante era corto, pero bastó para que Bob tuviera tiempo de contarle a Scott el verdadero motivo de haber aplazado su cita entre hombres hasta el viernes: no quería reñir con Myra, que era miembro de varios comités municipales y parroquiales que sentían un nulo aprecio por las dos mujeres responsables de expandir la experiencia gastronómica de Castle Rock.

—Estás de guasa —dijo Scott.

—Por desgracia, no. Myra es una persona sin prejuicios sobre la mayoría de los temas, pero cuando se trata de política sexual…, digamos que la educaron de una cierta manera. Tal vez habríamos discutido, incluso con rencor, de no ser porque considero que las peleas a gritos entre marido y mujer a cierta edad son poco dignas.

—¿Le contarás que has visitado el antro vegetariano-mexicano de vicio y perversión de Castle Rock?

—Si me pregunta dónde cené el viernes por la noche, sí. De lo contrario, mantendré la boca cerrada. Igual que tú.

—Igual que yo —prometió Scott. Aparcó en una de las plazas en batería —. Pues ya estamos aquí. Gracias por acompañarme, Bob. Espero que se arreglen las cosas.

Las cosas no se solucionaron.

Deirdre se encontraba en el atril de la *maître*, pero esa noche no llevaba un vestido, sino una camisa blanca y unos pantalones negros estrechos que realzaban aquellas admirables piernas. El doctor Bob entró delante de Scott y ella le recibió con una sonrisa, no de superioridad, con los labios apretados y las cejas arqueadas, sino de profesional bienvenida. Entonces vio a Scott y la sonrisa se esfumó en el acto. Lo escrutó fríamente con aquellos ojos de color verde y gris, como si estudiara un bicho en un portaobjetos, y luego bajó la mirada y cogió un par de cartas.

—Permítanme que les enseñe su mesa.

Mientras los guiaba hasta ella, Scott admiró la decoración. Decir que McComb y Donaldson se habían dejado la piel era quedarse corto; la obra destilaba amor por los cuatro costados. En los altavoces del techo sonaba música mexicana (creía que del estilo que llamaban texano o ranchera). Las paredes, enyesadas de una manera tosca para conferirle la textura del adobe, se habían pintado de un suave amarillo. Los candelabros eran cactus de cristal verde. Aquí y allá colgaban largos tapices que mostraban un sol, una luna, dos monos danzarines y una rana con ojos dorados. La sala duplicaba en tamaño a la Cafetería de Patsy, pero los únicos clientes eran cinco parejas y un grupo de cuatro personas.

—Esta es —les indicó Deirdre—. Espero que disfruten de la comida.

—Seguro que sí —dijo Scott—. Me alegro de estar aquí. Confío en que podamos volver a empezar, señorita McComb. ¿Lo cree posible?

Ella lo miró con calma, pero sin un asomo de cordialidad.

—Gina les atenderá en un momento y les hablará de las especialidades.

Y se marchó sin más.

El doctor Bob se sentó y sacudió su servilleta.

—Compresas calientes, aplicadas con delicadeza sobre las mejillas y la frente.

—¿Perdón?

—El tratamiento para los sabañones. Me parece que te ha alcanzado una ráfaga de aire gélido en la cara.

Antes de que Scott pudiera replicar, apareció una camarera; la única, por lo visto. Al igual que Deirdre McComb, llevaba pantalones negros y una camisa blanca.

—Bienvenidos al Santo Frijol. ¿Desean los caballeros algo de beber?

Scott pidió una Coca-Cola. Ellis optó por una copa de vino de la casa y entonces se ajustó las gafas para observar mejor a la joven.

—Tú eres Gina Ruckleshouse, ¿no? Debes de serlo. Tu madre fue mi auxiliar médico cuando yo aún tenía la consulta en el centro, allá en el período jurásico. Te pareces mucho a ella.

La joven respondió con una sonrisa.

—Ahora soy Gina Beckett, pero sí, así es.

—Encantado de verte, Gina. Dale recuerdos a tu madre.

—Descuide. Ahora vive en Dartmouth-Hitchcock, se ha pasado al lado oscuro. —Se refería a New Hampshire—. Vuelvo enseguida para decirles los especiales.

Cuando regresó, acompañaban las bebidas unos platos con aperitivos, que dejó en la mesa con un cuidado casi reverencial. Olían de muerte.

—¿Qué es esto? —inquirió Scott.

—Bocaditos de plátano verde frito, con una salsa a base de ajo, cilantro, lima y una pizca de chile verde. Cortesía de la chef. Tiene más de comida cubana que de mexicana, pero espera que eso no les impida disfrutarla.

Cuando Gina se marchó, el doctor Bob se inclinó hacia delante, sonriendo.

—Parece que al menos te has ganado a la cocinera.

—Quizá el favorecido seas tú. Gina podría haberle susurrado a Missy al oído que esclavizabas a su madre en tu clínica clandestina.

Sin embargo, Scott sabía la verdad… O eso creía.

Ellis agitó las cejas, greñudas y blancas.

—Conque Missy, ¿eh? ¿Qué? ¿Ya os llamáis por vuestro nombre de pila?

—Venga, Doc, déjalo.

—Vale, pero si prometes no llamarme Doc. No lo soporto. Me hace pensar en Milburn Stone.

—¿Quién es ese?

—Búscalo en Google cuando llegues a casa, hijo mío.

Cenaron, y bien cenados. Los platos no contenían carne, pero eran exquisitos: enchiladas con frijoles y tortillas que era obvio que no procedían de un paquete de supermercado. Mientras daban buena cuenta de la comida, Scott le contó a Ellis su rifirrafe en la Cafetería de Patsy y el asunto de los carteles con la foto de Deirdre McComb, que pronto se sustituirían por unos menos controvertidos, protagonizados por una bandada de pavos dibujados. Le preguntó si Myra había formado parte de aquel comité.

—No, a ese faltó…, pero estoy convencido de que habría aprobado el cambio.

Y entonces la conversación viró hacia la misteriosa pérdida de peso de Scott y el hecho aún más enigmático de no haber sufrido ningún cambio físico aparente. Y, por supuesto, lo más inexplicable de todo: cualquier cosa que se pusiera encima o con la que cargara, por pesada que en teoría resultara…, no afectaba a su peso.

Entraron varias personas más y la razón de que McComb vistiera de camarera se hizo manifiesta: ella también atendía las mesas, al menos esa noche. Quizá todas las noches. El hecho de que desempeñara una doble función reflejaba con claridad la situación económica del restaurante. Los recortes habían comenzado.

Gina les preguntó si querían postre. Ambos rehusaron.

—No podría comer ni un bocado más, pero felicite a la señorita Donaldson por una cena excelente —le pidió Scott.

El doctor Bob levantó los dos pulgares.

—Se alegrará de saberlo —dijo Gina—. Les traeré la cuenta.

El restaurante se vaciaba con rapidez, solo quedaban un par de parejas, que bebían a sorbitos unas copas de sobremesa. Deirdre despedía a los clientes, les preguntaba si les había gustado la comida y les agradecía la visita. Repartía sonrisas a raudales, pero ninguna para los dos hombres sentados a la mesa bajo el tapiz de la rana; ni tan siquiera una mirada en su dirección.

«Como si fuéramos apestados», pensó Scott.

—¿Y seguro que te encuentras bien? —inquirió el doctor Bob por quizá décima vez—. ¿Has sufrido arritmias? ¿Vértigo? ¿Sed excesiva?

—No, nada. Todo lo contrario. ¿Quieres oír una cosa interesante?

Le contó a Ellis el episodio del quiosco de música, cuando empezó a subir y bajar los escalones, aligerando el paso, casi como si rebotara sobre ellos, y que después se había tomado el pulso.

—Tenía menos de ochenta pulsaciones, poco más que en reposo. Además, no soy médico, pero conozco mi cuerpo y no hay atrofia muscular.

—No todavía, en cualquier caso —apostilló Ellis.

—No creo que se produzca. Me parece que la masa sigue siendo la misma, aunque el peso que debería ir asociado a ella está de algún modo desapareciendo.

—Esa idea es ridícula, Scott.

—No podría estar más de acuerdo, pero así están las cosas. Definitivamente, la fuerza que la gravedad ejerce sobre mí se ha atenuado. ¿Y quién no se alegraría?

Antes de que el doctor Bob pudiera responder, Gina regresó con el recibo de la tarjeta. Scott lo firmó, añadiendo una generosa propina, y repitió que todo había sido estupendo.

—Eso es genial. Vuelvan otra vez, por favor. Y recomiéndenlo a sus amigos. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. La verdad es que necesitamos clientes.

Cuando salieron, Deirdre McComb no se encontraba en el atril de la *maître*; aguardaba en la calle, a los pies de los escalones, y miraba distraída hacia el semáforo del Puente de Hojalata. Se volvió hacia Ellis y le brindó una sonrisa.

—Me pregunto si me permitiría tener unas palabras con el señor Carey en privado. Solo será un minuto.

—Faltaría más. Scott, te espero en la otra acera, voy a inspeccionar el escaparate de la librería. Toca el claxon cuando estés listo para marchar.

El doctor Bob cruzó Main Street (desierta, como acostumbraba a estar a las ocho de la noche; el pueblo se recogía temprano) y Scott se volvió hacia Deirdre. La mujer, eclipsada su sonrisa, dejaba entrever su enfado. Él había confiado en que las cosas mejorarían yendo a comer al Santo Frijol; sin embargo, las había empeorado por algún motivo. Ignoraba cuál, pero el resultado estaba claro.

—¿Le preocupa algo, señorita McComb? Si es por los perros…

—¿Cómo van a ser los perros si ahora los llevamos a correr al parque? O lo intentamos, al menos. Las correas terminan siempre enredándose.

—Pueden sacarlos por View Drive —propuso él—. Ya se lo dije. Solo es cuestión de recoger sus…

—Olvídese de los perros. —Aquellos ojos gris verdoso prácticamente desprendían chispas—. Ese tema está zanjado. Lo que sí tenemos que solucionar es lo relativo a su comportamiento. No necesitamos que usted salga en nuestra defensa en un antro grasiento de pueblo y que se reanuden un montón de habladurías que ya habían empezado a extinguirse.

«Si crees que estaban extinguiéndose, entonces no has visto qué pocas tiendas han puesto tu foto en sus escaparates», pensó Scott. Sin embargo, lo que expresó en voz alta fue:

—La Cafetería de Patsy no es ningún antro grasiento. Nada más lejos de la realidad. Puede que allí no sirvan comida de su agrado, pero el sitio está limpio.

—Da igual que esté sucio o limpio, esa no es la cuestión. Si hay que defenderse, ya me encargaré yo. No necesito, no *necesitamos*, que juegue a ser *sir* Galahad. Para empezar, es usted un poco demasiado viejo para el papel. —Recorrió con los ojos la pechera de la camisa de Scott en un reconocimiento fugaz—. Y, además, está un poco demasiado gordo.

Habida cuenta del trastorno que sufría Scott, la pulla erró por completo su objetivo, pero que se la hubiera lanzado le provocó una cierta sensación de amargo regocijo; ella habría enfurecido al oír a un hombre manifestar que una mujer era un poco demasiado vieja y estaba un poco demasiado gorda para interpretar el papel de Ginebra.

—Entiendo —asintió él—. Tomo nota.

Por un instante pareció desconcertada por lo templado de su respuesta, como si hubiera intentado asestar un golpe a un blanco fácil y se las hubiera apañado para fallar estrepitosamente.

—¿Hemos acabado, señorita McComb?

—Una última cosa. No quiero que se acerque a mi esposa.

De modo que sabía que él y Donaldson habían hablado, y ahora le tocó a Scott el turno de titubear. ¿Le había contado Missy a McComb que había dado ella el primer paso o, tal vez con el fin de mantener la paz, le había mentido? Si preguntaba, se arriesgaba a meterla en un lío, lo que no deseaba que ocurriera. No era ningún experto matrimonial —su propia experiencia lo certificaba—, pero intuía que los problemas del restaurante ya introducían suficiente tensión en la relación de la pareja.

—De acuerdo —dijo él—. ¿Ya? ¿Hemos acabado?

—Sí. —Y, como al final de su primer encuentro, cuando le cerró la puerta en las narices—: Una discusión muy instructiva.

La observó mientras salvaba los escalones de la entrada, esbelta y ágil en sus pantalones negros y camisa blanca. La imaginó subiendo y bajando los escalones del quiosco de música a la carrera, a mucha más velocidad de la que él sería capaz de alcanzar aun después de perder casi veinte kilos, y tan ligera de pies como una bailarina de *ballet*. ¿Qué había dicho Mike Badalamente? «Me muero por correr con ella; tampoco es que vaya a aguantarle el ritmo mucho rato».

Dios la había bendecido con un cuerpo prodigioso para correr, y Scott rezó para que pudiera disfrutarlo. Suponía que, en aquellos días, bajo aquella

sonrisa de superioridad suya, Deirdre McComb se sentía afligida a menudo.

—¿Señorita McComb?

Ella se volvió. Aguardó.

—La comida estaba muy rica. De veras.

Ninguna sonrisa en respuesta, ni de superioridad ni de ninguna otra clase.

—Estupendo. Me figuro que Gina le habrá trasladado el mensaje a Missy, pero con mucho gusto la felicitaré de su parte. Y ahora que ya ha venido a demostrar que pertenece al bando de los ángeles políticamente correctos, ¿por qué no sigue fiel a Patsy? Creo que todos nos sentiremos más cómodos así.

Entró en el establecimiento. Scott permaneció en la acera un momento, invadido por un sentimiento de… ¿de qué? Era una mezcla tal de emociones que suponía que no existía una única palabra para describirla. De escarmiento, sí. De diversión, también una pizca. De cabreo, un poco. Pero, sobre todo, de tristeza. Ahí tenía, una mujer que rechazaba una rama de olivo, aunque él había creído —con cierta ingenuidad, por lo visto— que todo el mundo deseaba que le ofrecieran una.

«Seguramente el doctor Bob tenga razón y me esté comportando como un niño», pensó. «Joder, ni siquiera sé quién es Milburn Stone».

En la calle reinaba el silencio y le pareció desconsiderado perturbarlo incluso con un bocinazo corto, de modo que cruzó y se plantó al lado de Ellis frente al escaparate del Rincón del Libro.

—¿Lo habéis resuelto? —preguntó el doctor Bob.

—No exactamente. Me ha pedido que deje a su mujer en paz.

El doctor Bob se volvió a mirarle.

—Entonces te sugiero que lo hagas.

Llevó a Ellis a casa y, por suerte, durante el trayecto, el doctor Bob no importunó a Scott para que ingresara en el Hospital General de Massachusetts, en la Clínica Mayo, en el Hospital de Cleveland o en la NASA. En cambio, al apearse del coche, le dio las gracias por una velada interesante y le recordó que siguiera en contacto.

—Descuida —dijo Scott—. Ahora estamos juntos en esto, más o menos.

—En tal caso, me pregunto si querrías venir a casa el domingo, por ejemplo. Myra no habrá vuelto todavía y podremos ver el partido de los Patriots arriba en vez de en mi pobre sucedáneo de guarida masculina. Además, me gustaría tomarte medidas. Para mantener un registro. ¿Qué me dices?

—Sí al fútbol, no a las medidas —respondió Scott—. Al menos por ahora. ¿Vale?

—De acuerdo, respetaré tu decisión —se resignó el doctor Bob—. La verdad es que la cena estaba muy rica. No he extrañado la carne para nada.

—Yo tampoco —dijo Scott, pero no era del todo cierto.

Cuando llegó a casa, se preparó un sándwich de salami con mostaza india. Después se desnudó y se subió a la báscula del baño. Se había negado a que el doctor Bob le tomara medidas porque estaba seguro de que también insistiría en pesarlo cada vez que examinara la densidad muscular de Scott; además, le había asaltado un presentimiento —o tal vez se tratara de un conocimiento físico profundo de sí mismo— que resultó ser acertado. Esa mañana estaba en 91,2 kilos. Ahora, después de una buena cena seguida de un generoso tentempié, había bajado a 90,3.

El proceso se aceleraba.

3
La apuesta

El final de aquel mes de octubre en Castle Rock fue glorioso, una sucesión de días con cielos azules y temperaturas cálidas. La minoría política progresista hablaba de calentamiento global; la mayoría conservadora hablaba de un veranillo de San Martín excepcional como pocos, al que pronto seguiría el típico invierno de Maine; todos, en cualquier caso, disfrutaron del buen tiempo. En los porches de las casas brotaban las calabazas y en las ventanas danzaban gatos negros y esqueletos; en la escuela primaria, se instruyó debidamente a los niños para la gran noche, se les recordó que permanecieran en las aceras y que solo aceptaran dulces y caramelos con envoltorio. Los

adolescentes se disfrazaron para el baile anual de Halloween que se celebraba en el gimnasio del instituto y, para la ocasión, una banda de *rock* de la localidad, Big Top, se rebautizó como Pennywise y los Payasos.

En las dos semanas posteriores a la cena en el Santo Frijol, Scott continuó perdiendo peso a un ritmo que se aceleraba de manera gradual. Estaba ya en ochenta y dos, lo que significaba un descenso total de veintisiete kilos, pero se encontraba bien, en plena forma, como una rosa. La tarde de Halloween, se acercó al nuevo centro comercial de Castle Rock y compró más golosinas de las que probablemente necesitaría. Los residentes de View Drive no recibían muchos visitantes disfrazados en esos tiempos (habían disminuido después del derrumbamiento de la Escalera de los Suicidios unos años atrás), pero ya se encargaría él de dar buena cuenta de lo que no rapiñaran los pequeños pedigüeños. Uno de los beneficios de su peculiar situación, aparte de la energía extra, era que podía comer lo que le apeteciera sin ponerse como una bola. Suponía que las grasas podrían causar estragos en sus niveles de colesterol, pero tenía la impresión de que no le afectarían. Jamás en su vida había tenido una mejor condición física, a pesar del engañoso michelín que le caía sobre el cinturón, y su estado de ánimo no había sido tan bueno desde los días en que su noviazgo con Nora Kenner florecía en todo su esplendor.

Para rematarlo, sus clientes de los grandes almacenes estaban encantados con su trabajo, convencidos (erróneamente, temía Scott) de que los múltiples sitios web que había diseñado marcarían un punto de inflexión para sus tiendas físicas. Había recibido no hacía mucho un cheque por valor de 582.674,50 dólares. Lo fotografió antes de ingresarlo en el banco. Así que allí estaba, instalado en una pequeña ciudad de Maine, trabajando desde el estudio de su casa, y a las puertas de la riqueza.

Había visto a Deirdre y a Missy solo dos veces, y de lejos. Corriendo por el parque, Dee y Dum atados con largas correas y no muy complacidos.

Cuando regresó de su expedición al centro comercial, Scott empezó a recorrer el camino hasta la casa y entonces se desvió hacia el olmo del jardín. Las hojas habían mudado el color, pero, gracias al calor de aquel otoño, la mayoría aún no se habían desprendido y susurraban suavemente. La rama inferior quedaba a poco menos de dos metros sobre su cabeza y parecía retarlo. Dejó en el suelo la bolsa con las golosinas, levantó los brazos, flexionó las rodillas y saltó. Se asió a la rama con facilidad, algo que no habría logrado ni por asomo un año antes. Los músculos no se habían debilitado; aún creían que soportaban un peso de casi ciento diez kilos. Le

acudieron a la memoria antiguas grabaciones de televisión en las que se veía a los astronautas que habían aterrizado en la luna dando pasos de gigante.

Se dejó caer al césped, recogió la bolsa y se dirigió hacia los escalones del porche. En vez de subirlos de uno en uno, volvió a flexionar las piernas y los salvó de un brinco.

Sin esfuerzo.

Ya en casa, depositó las golosinas en un cuenco junto a la puerta principal y entró en el estudio. Encendió el ordenador, pero no abrió ninguno de los archivos de trabajo esparcidos por el escritorio, sino que, en su lugar, abrió el calendario y avanzó hasta el año siguiente. Los números de las fechas estaban en negro, salvo para los festivos y los días reservados, que se destacaban en rojo. Scott solo tenía programada una cita para el próximo año: el 3 de mayo. La nota, también en rojo, constaba de una sola palabra: CERO. Cuando la borró, el 3 de mayo volvió a ponerse en negro. Seleccionó el 31 de marzo y escribió CERO en el recuadro. Calculaba que ese sería el día en que se quedaría sin peso, a menos que la velocidad de pérdida continuara creciendo. Lo que cabía dentro de lo posible. Entretanto, sin embargo, pretendía disfrutar de la vida. Se lo debía a sí mismo. Al fin y al cabo, ¿cuántas personas con una enfermedad terminal podían afirmar que se sentían perfectamente? A veces se acordaba de un aforismo que Nora había adoptado de sus reuniones de Alcohólicos Anónimos: «El pasado es historia, el futuro es un misterio».

Dada su situación actual, parecía encajarle como un guante.

Recibió a los primeros visitantes disfrazados a eso de las cuatro, y a los últimos justo tras la puesta de sol. Había fantasmas y duendes, superhéroes y soldados imperiales. Un niño se había vestido de buzón de correos, con un divertido atuendo azul y blanco, los ojos asomando por la ranura. Scott dio a casi todos dos chocolatinas, pero el buzón se ganó tres, porque le pareció el mejor. A los más pequeños los acompañaban sus padres. Los rezagados, un poco mayores, rondaban en su mayoría solos.

La última pareja, un chico y una chica que pretendían ser —quizá— Hansel y Gretel, se presentó poco después de las seis y media. Scott entregó a cada uno un par de golosinas para evitar ser víctima de una travesura (con nueve o diez años de edad, no parecían especialmente traviesos) y les preguntó si habían visto a otros por el vecindario.

—No —respondió el niño—. Creo que somos los últimos. —Le propinó un codazo a la chica—. Ella ha tardado una eternidad en arreglarse el pelo.

—¿Qué os han dado calle arriba? —se interesó Scott, apuntando hacia la casa en la que vivían McComb y Donaldson—. ¿Algo rico? —Se le acababa de ocurrir que quizá Missy hubiera elaborado algunos dulces especiales de Halloween, palitos de zanahoria bañados en chocolate o algo semejante.

La niña lo miró con ojos grandes y redondos.

—Nuestra madre nos ha dicho que no vayamos, porque no son señoras simpáticas.

—Son *lesbienas* —añadió el niño—. Eso dice papá.

—Ah —se sorprendió Scott—. *Lesbienas*. Ya veo. Chicos, tened cuidado al volver a casa. No bajéis de las aceras.

Prosiguieron su camino, cargando con sus botines de golosinas. Scott cerró la puerta e inspeccionó el cuenco. Estaba medio lleno. Calculó que le habían visitado dieciséis o quizá dieciocho pedigüeños. Se preguntó cuántos habrían tenido McComb y Donaldson. Se preguntó si habrían tenido alguno.

Se dirigió a la sala de estar, puso las noticias, vio un reportaje sobre la celebración infantil de Halloween en Portland y apagó la tele.

«No son señoras simpáticas», pensó. «*Lesbienas*. Eso dice papá».

Se le ocurrió entonces una idea, del modo en que a veces le venían sus ideas más geniales: casi formada por completo, a falta nada más que de unos leves ajustes y una capa de barniz. Las ideas geniales no tenían por qué ser buenas, naturalmente, pero aquella se proponía explorarla y averiguar en qué resultaba.

—Truco o trato. —Pronunció las palabras en voz alta y se echó a reír—. Date el capricho. Dátelo antes de que te seques y te desvanezcas. ¿Por qué no? ¿Por qué hostias no?

Scott entró en el Departamento de Parques y Recreo de Castle Rock a las nueve de la mañana siguiente con un billete de cinco dólares en la mano. Sentados tras la mesa de inscripciones de la Carrera del Pavo se encontraban Mike Badalamente y Ronnie Briggs, el empleado de Obras Públicas que había visto por última vez en la Cafetería de Patsy. Detrás de ellos, en el gimnasio, se jugaba un partido informal de baloncesto: camisetas contra torsos desnudos.

—¡Eh, Scotty! —saludó Ronnie—. ¿Cómo te va, colega?

—Bien —respondió Scott—. ¿Y a ti?

—¡A tope! —exclamó Ronnie—. Como siempre, aunque me han recortado las horas del curro. Por cierto, no has ido últimamente a la timba de

póquer de los jueves.

—He estado muy liado, Ronnie. Con un proyecto importante.

—Bueno, ¿sabes qué? Sobre lo que pasó en el local de Patsy… —Ronnie parecía avergonzado—. Tío, lo siento. Ese Trevor Yount es un bocazas y nadie se atreve a callarle cuando se pone a despotricar sobre algo. Si lo intentas, te arriesgas a acabar con la nariz rota por molestarle.

—No hay problema, ya es agua pasada. Oye, Mike, ¿puedo apuntarme a la carrera?

—Ya lo creo —dijo el otro—. Cuantos más, mejor. Podrás hacerme compañía en la cola del pelotón, junto con los niños, los ancianos y los fofos. Este año tendremos hasta un ciego. Dice que va a correr con su perro guía.

Ronnie se inclinó sobre la mesa y le dio a Scott unas palmaditas en el bulto que le sobresalía del vientre.

—Y no te preocupes por esto, chaval, habrá técnicos sanitarios cada tres kilómetros y dos en la meta. Si se te cala el motor, te lo volverán a arrancar.

—Es bueno saberlo.

Scott pagó los cinco dólares y firmó un documento mediante el cual exoneraba de toda responsabilidad a la ciudad de Castle Rock ante cualquier accidente o problema médico que pudiera sufrir durante el transcurso de la carrera. Ronnie le garabateó un recibo; Mike le entregó un mapa del recorrido y una tarjeta con un número.

—Es adhesiva. Antes de la carrera, te la pegas en la camiseta. Preséntate a uno de los jueces para que verifiquen tu nombre en la lista y a correr.

Se fijó en que le habían asignado el número 371, a pesar de que aún faltaban más de tres semanas hasta la gran carrera. Lanzó un silbido.

—Habéis empezado con buen pie si todos los inscritos son adultos.

—No todos —precisó Mike—, pero sí la mayoría, y si las cosas van como el año pasado tendremos al final ochocientos o novecientos participantes. Vienen de toda Nueva Inglaterra. Dios sabrá por qué, pero por alguna razón nuestra ridícula Carrera del Pavo se ha hecho famosa. Mis hijos dirían que se ha vuelto viral.

—El paisaje —indicó Ronnie—. Los atrae el paisaje. Además de las colinas, sobre todo la del Cazador. Y, cómo no, el vencedor podrá encender el árbol de Navidad en la plaza mayor.

—El Departamento posee todas las concesiones a lo largo de la ruta —dijo Mike—. En lo que a mí concierne, es la mejor parte. Hablamos de un montón de perritos calientes, palomitas, refrescos y chocolate caliente.

—Pero nada de cerveza —se lamentó Ronnie con amargura—. Este año hubo una votación y la tumbaron. Igual que el casino.

«Y a las *lesbienas*», pensó Scott. «La ciudad también votó en contra de ellas. Solo que no en las urnas. El lema de la ciudad parece ser: si no puedes mantenerlo en secreto, entonces vete con viento fresco».

—¿Todavía planea correr Deirdre McComb? —preguntó Scott.

—No te quepa duda —aseguró Mike—. Y va a lucir su antiguo número. El 19. Lo reservamos especialmente para ella.

En Acción de Gracias, Scott cenó con Bob y Myra Ellis, acompañados de dos de sus cinco hijos crecidos, los que vivían suficientemente cerca como para viajar hasta allí en coche. Scott se sirvió dos raciones de cada plato y luego se puso a jugar con los niños a pillarse en el espacioso jardín de los Ellis.

—Con todo lo que ha comido, como siga corriendo le va a dar un ataque al corazón —comentó Myra.

—Yo creo que no —dijo el doctor Bob—. Se está preparando para la gran carrera de mañana.

—Pues ya puede correr despacio los doce kilómetros, porque, como se fuerce, estoy convencida de que sufrirá un infarto. —Myra observó a Scott mientras perseguía a uno de sus nietos, que no paraba de reír—. A todos los hombres de mediana edad les falla el sentido común, te lo juro.

Scott regresó cansado y contento a casa, y deseando con ansias que llegara la Carrera del Pavo del día siguiente. Antes de acostarse, se subió a la báscula y descubrió sin demasiada sorpresa que había bajado a sesenta y cuatro kilos. Aún no perdía un kilo diario, no tanto, pero lo alcanzaría. Encendió el ordenador y trasladó el Día Cero al 15 de marzo. Sentía miedo —lo contrario habría sido estúpido—, pero también curiosidad. Y algo más. ¿Felicidad? ¿Se trataba de eso? Sí, decididamente. Quizá pareciera descabellado, pero sí. Tenía la innegable sensación de que había sido elegido de algún modo. El doctor Bob podría considerarlo una locura, pero Scott creía que era lo sensato. ¿Por qué sentirse mal por lo que no podía cambiarse? ¿Por qué no aceptarlo de brazos abiertos?

Una ola de frío había azotado a mediados de noviembre, lo bastante intensa como para congelar prados y huertos, pero el viernes siguiente a Acción de Gracias amaneció encapotado y cálido para la estación. Charlie Lopresti, el

meteorólogo del canal 13, pronosticó lluvia para más tarde, quizá intensa, pero no repercutió en la gran jornada festiva de Castle Rock, ni entre los espectadores ni entre los participantes.

Scott se enfundó sus viejos pantalones cortos de correr y se encaminó hacia las instalaciones de Parques y Recreo a las ocho menos cuarto, más de una hora antes del inicio previsto de la carrera. Ya se había congregado allí un gran número de personas, muchas de ellas abrigadas con sudaderas (que acabarían abandonadas en diversos puntos a lo largo del recorrido conforme los cuerpos entraran en calor). La mayoría aguardaba turno para registrar su llegada en la parte izquierda, donde los carteles indicabanCORREDORES FORASTEROS. En la parte derecha, reservada a los RESIDENTES DE CASTLE ROCK, había una única cola, más corta. Scott desprendió el dorso de su número y se lo pegó en la camiseta, sobre el bulto de la barriga fantasma. Cerca, la banda del instituto afinaba los instrumentos.

Patsy Denton, la propietaria de la cafetería que llevaba su nombre, comprobó su inscripción y le dirigió hacia la línea de salida, al otro lado del edificio, donde empezaba View Drive.

—Al ser residente, podrías colarte delante —le informó Patsy—, pero por lo general no está bien visto. Deberías buscar a los otros números trescientos y quedarte con ellos. —Fijó los ojos en el abdomen de Scott—. De todas formas, no creo que tardes en ir corriendo con los niños en la cola.

—¡Ay! —exclamó él, y la mujer sonrió.

—Duele, ¿eh? Todas esas hamburguesas con beicon y tortillas con queso siempre encuentran el camino de regreso para atormentar a un hombre. No lo olvides si empiezas a notar una opresión en el pecho.

Scott estudió el mapa mientras se acercaba a la creciente multitud de lugareños que se habían presentado temprano. El trazado describía una especie de lazo. La bajada desde View Drive hasta la carretera 117 constituía los tres primeros kilómetros. El puente cubierto del arroyo Bowie marcaba el punto medio del recorrido. Luego seguía por la carretera 119, que se convertía en Bannerman Road una vez que se cruzaba el límite municipal. El kilómetro diez incluía la colina del Cazador, a veces conocida como la Rompecorazones. Era tan empinada que a menudo los niños se deslizaban por ella cuesta abajo en los días de nieve, adquiriendo una velocidad de vértigo, pero sin correr verdadero peligro gracias a los montículos acumulados a los lados de los surcos abiertos. Los últimos dos kilómetros discurrían por la calle mayor de Castle Rock, cuya calzada estaría flanqueada por espectadores

entusiastas, además de los reporteros y cámaras de las tres cadenas de televisión de Portland.

Todo el mundo se arremolinaba en grupos, hablando y riendo, bebiendo café caliente o cacao. Todo el mundo excepto, como era obvio, Deirdre McComb, que parecía inconcebiblemente alta y hermosa con sus pantalones cortos azules y un par de deportivas Adidas blancas como la nieve. Se había colocado su número —el 19— arriba en el lado izquierdo de su camiseta rojo brillante, con el propósito de dejar visible la parte central de la prenda. En ella había impresas una empanada y las palabras SANTO FRIJOL MAIN STREET142.

Era lógico que hiciera publicidad del restaurante…, pero solo si creía que serviría de algo. Scott pensaba que ya se habría desengañado. Sin duda le debía constar que habían sustituido «sus» carteles por otros menos controvertidos; a diferencia del tipo que correría con su perro guía (Scott lo divisó cerca de la línea de salida, concediendo una entrevista), ella no estaba ciega. Sin embargo, no le extrañaba que no lo hubiera mandado todo a la mierda y que no se hubiera rendido; se hacía una muy buena idea de por qué aguantaba allí. Quería putearlos.

«Por supuesto que sí», pensó. «Quiere humillarlos a todos: a los hombres, a las mujeres, a los niños y al ciego del pastor alemán. Quiere que todo el pueblo vea a una lesbiana, para colmo casada, encender su árbol de Navidad».

Sospechaba que ella asumía que el restaurante ya era historia, y quizá se alegrara, quizá estuviera deseando largarse de Castle Rock, pero sí, quería putearlos antes de que ella y su esposa se marcharan, quería dejarles ese último recuerdo. Ni siquiera tendría que dar un discurso, le bastaría con sonreírles con aquella sonrisa de superioridad suya. La que decía: «Chupaos esa, pueblerinos, panda de gilipollas santurrones. Una discusión muy instructiva».

Realizaba ejercicios de calentamiento, primero levantaba una pierna hacia atrás y la asía por el tobillo, luego lo repetía con la otra. Scott se detuvo en un puesto de bebidas (GRATIS PARA LOS CORREDORES, UNA POR PERSONA) y pagó un dólar por dos cafés. Después echó a andar hacia Deirdre McComb. No tenía las miras puestas en ella, ni anhelos románticos de ningún tipo, pero era un hombre y no pudo evitar admirar su figura mientras estiraba y se doblaba, todo el tiempo mirando absorta al cielo, donde no había nada que contemplar salvo nubarrones color pizarra.

«Concentrándose», pensó. «Preparándose. Quizá no para su última carrera, pero tal vez sí para la última que verdaderamente significa algo para

ella».

—Hola —saludó—. Soy yo otra vez. La peste.

Ella bajó la pierna y lo miró. Asomó su sonrisa, tan predecible como el despunte del sol por el este. Era su coraza. Tras ella quizá se ocultara una persona herida además de furiosa, pero estaba resuelta a que nadie en el mundo lo descubriera. Salvo, tal vez, Missy. De quien no había rastro esa mañana.

—Vaya, si es el señor Carey —dijo ella—. Y luce un número. Además de su barriguita, que creo que ha crecido.

—Con lisonjas no va a conseguir nada —replicó él—. Y, oiga, a lo mejor es que llevo un cojín debajo para engañar a la gente. —Le tendió uno de los vasos—. ¿Le apetece un café?

—No. He desayunado unas gachas de avena y medio pomelo a las seis de la mañana y no voy a tomar nada más hasta la mitad del recorrido. Entonces pararé en uno de los puestos y me beberé un zumo de arándanos. Ahora, si me disculpa, me gustaría seguir con mi meditación y terminar de estirar.

—Deme un minuto —le pidió Scott—. La verdad es que no he venido a ofrecerle un café, porque sabía que no lo aceptaría. He venido a proponerle una apuesta.

Había asido el tobillo derecho con la mano izquierda y empezaba a llevárselo a la espalda, pero entonces bajó la pierna y miró de hito en hito a Scott como si le hubiera crecido un cuerno en el centro de la frente.

—¿De qué diablos está hablando? ¿Y cuántas veces tendré que repetirle que sus intentos por…, qué sé yo…, congraciarse conmigo no son bienvenidos?

—Hay una gran diferencia entre congraciarse con alguien y tratar de ser amable, como creo que ya sabe. O lo sabría si no estuviera siempre agazapada, a la defensiva.

—Yo no…

—Estoy seguro de que tiene sus motivos para ponerse a la defensiva, pero no discutamos sobre semántica. El trato que le ofrezco es sencillo. Si usted gana hoy, jamás volveré a molestarla, y eso incluye las quejas sobre sus perros. Sáquelos a correr por View Drive todo lo que quiera, y, si se ciscan en mi jardín, yo mismo recogeré las cacas sin rechistar.

Ella puso cara de incredulidad.

—¿Si gano? ¿En condicional?

Pero él prestó oídos sordos.

—En el caso contrario, si hoy gano yo, usted y Missy tendrán que venir a cenar a mi casa. Una cena vegetariana. No cocino mal cuando me lo propongo. Nos sentaremos, beberemos un poco de vino y charlaremos. Para romper el hielo, más o menos, o al menos intentarlo. No tenemos que ser amigos del alma, no aspiro a ello, es muy difícil cambiar a una persona cerrada de mente…

—¡Yo no soy cerrada de mente!

—Pero a lo mejor podemos ser vecinos de verdad. Usted podría prestarme una taza de azúcar, yo podría prestarle una barra de mantequilla, ese tipo de cosas. Y en caso de empate, si ninguno de los dos gana, las cosas seguirán su curso tal y como están.

«Hasta que el restaurante cierre sus puertas y vosotras dos salgáis escopetadas del pueblo», pensó él.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Está apostando a que hoy va a ganarme? Permítame que le sea sincera, señor Carey. Su cuerpo me sugiere que es usted un típico estadounidense blanco, demasiado indulgente y falto de ejercicio. Si se fuerza, se derrumbará con calambres en las piernas, o con un esguince en la columna, o con un ataque al corazón. Usted no va a ganarme hoy. Nadie me ganará hoy. Así que, por favor, márchese ya y déjeme acabar mi calentamiento.

—De acuerdo —asintió Scott—. Lo comprendo. Tiene miedo de aceptar la apuesta. Me imaginaba que podría ocurrir.

Ella ya había empezado a levantar la otra pierna, pero volvió a bajarla.

—¡Por Dios bendito! ¡Vale! Hay apuesta. Pero déjeme ya en paz.

Con una sonrisa, Scott extendió la mano.

—Tenemos que sellarla con un apretón. De ese modo, si se echa para atrás, podré decirle a la cara que es una rajada y no le quedará más remedio que tragárselo.

La mujer soltó un bufido, pero accedió y le dio un único apretón fuerte. Y, por un momento —por un luminoso y fugaz instante—, él percibió un indicio de sonrisa auténtica. Apenas un destello, pero tuvo la impresión de que, cuando permitía que aflorara, era bonita.

—Magnífico —dijo él, y luego añadió—: Una discusión muy instructiva. —Y echó a andar de vuelta a los 300.

—Señor Carey.

Scott se giró.

—¿Por qué es tan importante para usted? ¿Es porque represento…, porque representamos algún tipo de amenaza para su masculinidad?

«No, es porque moriré el año que viene», pensó él, «y me gustaría arreglar al menos una cosa antes. No será mi matrimonio, que está kaput, ni tampoco el portal de los grandes almacenes, porque esa gente no comprende que sus tiendas son como fábricas de carruajes en los albores de la era del automóvil».

Sin embargo, esas cosas no podía expresarlas en voz alta. Ella no lo entendería. ¿Cómo iba a hacerlo cuando ni siquiera él mismo lo entendía del todo?

—Es lo que hay —respondió por fin.

Y se marchó sin más.

4
La Carrera del Pavo

A las nueve y diez, con solo unos minutos de retraso, el alcalde Dusty Coughlin se plantó frente a los más de ochocientos corredores que ocupaban una extensión de casi cuatrocientos metros. Empuñaba una pistola de fogueo en una mano y un megáfono a pilas en la otra. Los participantes con los números más bajos, entre ellos Deirdre McComb, estaban delante. Más atrás, en el grupo de los 300, Scott estaba rodeado de hombres y mujeres que sacudían los brazos, respiraban hondo y masticaban los últimos bocados de sus barritas energéticas. A muchos de ellos los conocía. La mujer a su

izquierda, que se ajustaba una cinta de pelo, regentaba la tienda de muebles local.

—Buena suerte, Milly —le deseó.

Ella le sonrió y levantó el pulgar.

—Lo mismo digo.

Coughlin alzó el megáfono.

—¡BIENVENIDOS A LA CUARENTA Y CINCO EDICIÓN DE LA CARRERA DEL PAVO! ¿ESTÁIS TODOS PREPARADOS?

Los corredores profirieron un grito de asentimiento. Uno de los miembros de la banda del instituto ejecutó un floreo de trompeta.

—¡PUES AHORA SÍ! ¡EN SUS MARCAS…, PREPARADOS…, LISTOS!

El alcalde, con su gran sonrisa de político puesta, apuntó con la pistola al cielo y apretó el gatillo. La detonación pareció reverberar en las nubes bajas.

—¡YA!

Los corredores de las primeras filas emprendieron la marcha sin complicaciones. Deirdre se distinguía con facilidad por el rojo brillante de su camiseta. El resto de los participantes se apretujaban unos contra otros y su salida no resultó tan fluida. Dos o tres se cayeron al suelo y necesitaron ayuda para levantarse. A Milly Jacobs la lanzaron de un empujón contra una pareja de jóvenes que llevaban culotes de ciclista y gorras con la visera hacia atrás. Scott la sujetó por el brazo para evitar que perdiera el equilibrio.

—Gracias —dijo ella—. Esta es mi cuarta vez y siempre sucede lo mismo en la salida. Como cuando abren las puertas en un concierto de *rock*.

Los tipos de los culotes de ciclista vislumbraron un hueco, se colaron como una bala entre Mike Badalamente y un trío de mujeres que charlaban y reían a paso lento, y desaparecieron, corriendo en tándem. Scott se puso a la altura de Mike y lo saludó con la mano. Mike se rozó la frente al estilo militar, luego se tocó el lado izquierdo del pecho y se santiguó.

«Todos creen que me va a dar un ataque al corazón», pensó Scott. «Cabría suponer que la traviesa providencia que decidió que sería interesante hacerme perder peso me hubiera musculado un poco, pero no».

Milly Jacobs —a quien Nora le compró en cierta ocasión un comedor completo— le dedicó una sonrisa de soslayo.

—Esto es divertido la primera media hora o así. Luego viene el purgatorio y al llegar a la señal de los ocho kilómetros es ya el infierno. Si consigues superar esa parte, encuentras un poco de viento de cola. A veces.

—A veces, ¿eh? —repitió Scott.

—Exacto. Este año tengo esperanzas. Me gustaría terminar la carrera, solo lo he logrado una vez. Me he alegrado de verte, Scott. —Y con esas palabras avivó el paso y lo dejó atrás.

Para cuando desfilaron frente a su casa en View Drive, el pelotón había empezado a estirarse y disponía de más espacio para correr. Se movía con soltura a un ritmo constante y rápido. Sabía que aquel primer kilómetro no podía considerarlo una prueba representativa de su resistencia, porque era cuesta abajo, pero Milly no se equivocaba: se divertía. Respiraba sin dificultad y se sentía bien. Le bastaba por el momento.

Adelantó a algunos corredores, pero solo a unos pocos. Hubo más que lo adelantaron a él, algunos de los 500, otros de los 600 y un demonio de la velocidad con el número 721 pegado a la camiseta. Era un tipo gracioso, que llevaba un molinillo de viento en lo alto de la gorra. Scott no tenía especial prisa, al menos no todavía. Divisaba a Deirdre en los tramos rectos, tal vez a unos cuatrocientos metros de distancia; era imposible no distinguir la camiseta roja y los pantaloncitos azules. La mujer se lo tomaba con calma. Había un puñado de corredores por delante de ella, quizá unos veinte o veinticinco, lo cual no extrañó a Scott. No era ninguna novata y, a diferencia de la mayoría de los aficionados, ella habría concebido un plan minucioso. Scott suponía que ella permitiría que los demás marcaran el ritmo hasta el kilómetro ocho o nueve, y luego empezaría a superarlos uno a uno y no tomaría la iniciativa hasta la colina del Cazador. A lo mejor incluso esperaba al descenso para acelerar, solo para darle emoción, aunque no lo creía. Ella querría llegar a la meta en solitario.

Se notó ligeros los pies, fuertes las piernas, y reprimió el impulso de acelerar. «Tú limítate a no perder de vista la camiseta roja», se dijo. «Ella sabe lo que se hace, así que deja que te guíe».

En la intersección de View Drive con la carretera 117, Scott pasó por un pequeño letrero naranja: 3 KM. Por delante de él iban los tipos de los culotes de ciclista, avanzando por la carretera uno a cada lado de la línea amarilla central. Adelantaron a una pareja de adolescentes y Scott hizo lo propio. Los muchachos parecían en buena forma, pero ya les costaba respirar. Cuando empezaba a distanciarse, oyó a uno lamentarse entre jadeos.

—¿Vamos a permitir que un viejo gordo nos deje atrás?

Los adolescentes aceleraron y rebasaron a Scott, uno a cada lado, los dos resollando con más fuerza que nunca.

—¡Chao, no me gustaría ser tú! —dijo resoplando uno de ellos.

—¡Bravo, chavales! Desmelenaos —replicó Scott con una sonrisa.

Corría con desenvoltura, devorando la carretera con largas zancadas. La respiración seguía normal, ídem el ritmo cardíaco, y ¿por qué no? Pesaba cuarenta y cinco kilos menos de los que aparentaba, y eso solo era la mitad de lo que tenía a su favor. Contaba, además, con unos músculos desarrollados para sostener a un hombre de casi ciento diez kilos.

La carretera 117 describía una doble curva y luego continuaba paralela al arroyo Bowie, que gorgoteaba sobre el lecho pedregoso, poco profundo, emitiendo risas retozonas. Scott pensó que nunca le había sonado mejor, que el aire húmedo que le penetraba en los pulmones nunca le había sabido mejor, que los altos pinos que se espesaban al otro lado de la carretera nunca se habían visto mejor. Percibía su olor, fuerte y picante, verde y vívido, de algún modo. Cada inspiración parecía más profunda que la anterior y se obligaba una y otra vez a refrenarse.

«Cómo me alegro de estar vivo hoy», pensó.

A la entrada del puente cubierto que cruzaba el arroyo, otro letrero naranja anunciaba los 6 KM. Detrás había un cartel que rezaba: ¡A MEDIO CAMINO DE META! El tronido de pies que retumbaba en el interior del puente era —a oídos de Scott, al menos— tan precioso como un redoble de Gene Krupa. Sobre su cabeza, una bandada de golondrinas alteradas revoloteaba bajo el techo. Un pájaro llegó a lanzársele contra el rostro, rozándole la frente con el ala, y soltó una carcajada.

Al otro lado, uno de los tipos de los culotes de ciclista descansaba sentado en el guardarraíl, tratando de recobrar el aliento y masajeándose un calambre en el gemelo. No alzó la mirada cuando Scott y los demás corredores pasaron frente a él. En la confluencia de las carreteras 117 y 119, los participantes se apiñaban en torno a un puesto de avituallamiento y bebían agua, Gatorade y zumo de arándanos de vasos de cartón antes de continuar. Ocho o nueve, que se habían desfondado en los primeros seis kilómetros, estaban despatarrados en la hierba. Se deleitó al ver que Trevor Yount —el tipo de Obras Públicas del cuello de toro con quien Scott había tenido la trifulca en la Cafetería de Patsy— figuraba entre ellos.

Pasó junto a la señal que indicaba el LÍMITE MUNICIPAL DE CASTLE ROCK, donde la carretera 119 se convertía en Bannerman Road, llamada así en honor al *sheriff* del pueblo que más tiempo había estado en activo, un tipo sin suerte que había hallado la muerte en una carretera secundaria poco transitada. Era hora de avivar el ritmo y, cuando Scott rebasó el letrero naranja de los 8 KM, metió la segunda. Sin problema. Un aire delicioso le refrescaba la piel calentada por la sangre, como frotándole con seda, y le

gustaba la sensación de su propio corazón —aquel pequeño motor robusto— en el pecho. Ahora las casas jalonaban la carretera a ambos lados y la gente que había salido a los jardines sostenía pancartas en lo alto y sacaba fotos.

Allí iba Milly Jacobs, aún en carrera, pero aflojaba el ritmo, con la cinta verde del pelo oscurecida por el sudor.

—¿Cómo va ese viento de cola, Milly? ¿Te recarga las pilas?

La mujer se volvió a mirarlo, con franca incredulidad.

—Dios santo, no me creo… que seas tú —jadeó—. Pensaba que te había… dejado mordiendo el polvo.

—He encontrado un poco de energía extra —dijo Scott—. No abandones ahora, Milly, esta es la parte buena. —Y un momento después ella se quedó atrás.

La carretera picaba hacia arriba, atravesando una serie de lomas bajas, en continuo ascenso, y Scott empezó a adelantar a más corredores, a los que se habían rendido y a los que aún se esforzaban por terminar. Dos de ese segundo grupo eran los adolescentes que habían apurado la marcha hacía unos kilómetros, ofendidos por el hecho de que los hubiera adelantado, aun solo por un instante, un gordo de mediana edad con unas deportivas de mierda y unos viejos pantalones de tenis. Lo miraron con idénticas expresiones de sorpresa. Sonriendo afablemente, Scott dijo:

—Chao, no me gustaría ser vosotros.

Uno de ellos le mostró un dedo. Scott les lanzó un beso y un momento después les enseñaba los talones de sus deportivas de mierda.

Cuando Scott inició el kilómetro nueve, el retumbo prolongado de un trueno sacudió el cielo de oeste a este.

«Eso no pinta bien», pensó. Los truenos en noviembre quizá fueran poca cosa en Luisiana, pero no en Maine.

Dobló una curva y dio un bandazo a la izquierda para emparejarse con un hombre flacucho, con piernas y cuello de cigüeña, que corría con los puños apretados por delante y la cabeza echada hacia atrás. Su camiseta sin mangas dejaba ver unos brazos blancos como vientre de pez, tachonados de tatuajes antiguos. Vestía el rostro con una sonrisa de pasmado.

—¿Has oído ese trueno?

—¡Sí!

—¡Va a llover de lo lindo! Menudo día, ¿eh?

—Ya te digo —respondió Scott, riendo—. ¡De puta madre! —Y después abrió trecho, pero no antes de que el flacucho le propinara un buen azote en el trasero.

La carretera entraba ahora en un tramo recto y avistó la camiseta roja y los *shorts* azules en la ladera de la colina del Cazador, también conocida como la Rompecorazones. Solo había media docena de participantes por delante de McComb. Quizá hubiera dos o tres más al otro lado de la cresta de la colina, pero lo dudaba.

Era hora de meter una marcha más.

Dicho y hecho, y entonces se encontró entre los corredores serios, entre los galgos. Sin embargo, muchos de ellos o empezaban a desfallecer, o ahorraban fuerzas para la empinada pendiente. Percibió las miradas de incredulidad que dirigían al hombre de mediana edad que, con una barriga que le deformaba la camiseta sudada, primero se colaba entre ellos y luego se distanciaba.

A medio camino de la cima, empezó a sofocarse; el aire había adquirido un sabor cobrizo y le quemaba la garganta. Ya no notaba tan ligeros los pies y le ardían los gemelos. Sentía un dolor sordo en el lado izquierdo de la ingle, como si hubiera forzado demasiado algo allí. La segunda mitad de la colina se le antojó interminable. Se acordó de cómo había descrito Milly la carrera: primero diversión, después el purgatorio, por último el infierno. ¿Dónde se encontraba ahora, en el purgatorio o en el infierno? En la frontera, resolvió.

Nunca había imaginado realmente que pudiera vencer a Deirdre McComb (aunque no había descartado la posibilidad), pero sí estaba convencido de que concluiría la carrera en las primeras posiciones, que los músculos forjados para cargar su anterior ser, más pesado, le bastarían para lograrlo. Ahora, mientras pasaba a un par de corredores que se habían rendido, uno sentado con la cabeza gacha y otro tumbado de espaldas y resollando, empezaba a cuestionárselo.

«Quizá aún pese demasiado», pensó. «O quizá es que me faltan agallas para terminar».

Retumbó otro trueno.

Dado que la cima de la colina no parecía más cerca, bajó la vista al suelo y observó los guijarros incrustados en el macadán, que se sucedían como galaxias en una película de ciencia ficción. Alzó la mirada justo a tiempo para evitar chocar con una mujer pelirroja que estaba parada con un pie a cada lado de la línea amarilla, apoyando las manos en las rodillas y jadeando. Scott la esquivó a duras penas y divisó la cresta de la colina a unos sesenta metros.

También uno de aquellos letreros naranjas: 10 KM. Clavó los ojos en él y corrió, ahora no solo resollando, sino succionando el aire, y sintiendo cada uno de sus cuarenta y dos años. La pierna izquierda empezó a protestar, palpitando en sincronización con el dolor de la ingle. El sudor le resbalaba por las mejillas como agua caliente.

«Tienes que conseguirlo. Lo conseguirás. Pon toda la carne en el asador».

¿Y por qué cojones no? Si el Día Cero resultaba ser ese día en lugar de en febrero o marzo, que así fuera.

Rebasó el letrero y coronó la colina. El Almacén de Madera de Purdy se encontraba a la derecha, la Ferretería de Purdy a la izquierda. Solo quedaban dos kilómetros. Vio el centro del pueblo que se extendía más abajo, unos veinte negocios a cada lado engalanados con banderines, la iglesia católica y la metodista enfrentadas cara a cara como pistoleros santos, el aparcamiento en batería (con todas las plazas ocupadas), las aceras congestionadas y los dos semáforos del pueblo. Más allá del segundo estaba el Puente de Hojalata y la línea de meta, donde se había tendido una cinta amarilla decorada con pavos. Scott contó por delante de él a seis o siete corredores. La mujer de la camiseta roja era segunda, pero recortaba distancias con el primero. Deirdre iniciaba su jugada.

«No voy a pillarla nunca», pensó Scott. «Me saca demasiada ventaja. Esa puñetera colina no ha conseguido romperme, pero me ha dejado para el arrastre».

Entonces los pulmones parecieron abrírsele de nuevo, cada bocanada de aire penetraba más que la anterior. Las zapatillas (no unas deslumbrantes Adidas blancas, sino unas Puma viejas y andrajosas) parecieron desprenderse de la capa de plomo que habían acumulado. La anterior levedad de cuerpo lo invadió de nuevo. Era lo que Milly había llamado viento de cola y lo que los profesionales como McComb sin duda llamaban euforia del corredor. Scott lo prefería. Recordó aquel día en el jardín, cuando flexionó las rodillas, saltó y se agarró a la rama del árbol. Recordó subir y bajar a la carrera los escalones del quiosco de música. Recordó bailar por la cocina mientras Stevie Wonder cantaba «Superstition». Era lo mismo. No un viento, ni siquiera un subidón, exactamente, sino una elevación. La sensación de que uno había ido más allá de sí mismo y que podía llegar aún más lejos.

Colina abajo, pasó el concesionario Ford de O’Leary a un lado y el Go-Mart de Zoney al otro, adelantó a un corredor, luego a un segundo. Se colocó en quinta posición. Ignoraba, y le traía sin cuidado, si se quedaban

mirándolo mientras se distanciaba. Toda su atención se centraba en la camiseta roja y en los *shorts* azules.

Deirdre lideraba ya la carrera. En ese instante detonaron más truenos —la pistola con la que Dios daba la salida— y Scott notó en la nuca la primera gota fría de lluvia. Luego otra en el brazo. Bajó los ojos y vio más estrellándose en la carretera, donde dejaban marcas oscuras del tamaño de una moneda. Ya había espectadores a cada lado de Main Street, aunque aún debía de faltar casi un kilómetro hasta el punto en que comenzaban las aceras y kilómetro y medio hasta la línea de meta. Scott observó que se abrían paraguas como flores en primavera. Eran preciosos. Todo lo era: el cielo oscuro, los guijarros de la carretera, el naranja de la pancarta que anunciaba el último kilómetro de la Carrera del Pavo. El mundo daba un paso al frente.

Delante de él, un corredor se salió bruscamente de la carretera, cayó de rodillas y se tumbó de espaldas, mirando al cielo, hacia la lluvia, con la boca dibujando un arco tenso de agonía. Solo quedaban dos corredores entre Deirdre y él.

Scott pasó como una exhalación el último letrero naranja. Solo un kilómetro hasta la meta. Había progresado poco a poco, pero ahora, en el punto donde comenzaban las aceras —con multitud de espectadores animando a ambos lados, algunos ondeando banderines de la Carrera del Pavo —, era el momento de averiguar si podía no solo meter una marcha más, sino exprimir el motor al máximo.

«Dale caña, hijo de puta», se dijo, y apretó el paso.

La lluvia pareció vacilar por un instante, tiempo suficiente para que Scott pensara que se demoraría hasta el final de la carrera, y entonces descargó con una furia torrencial que empujó a los espectadores a refugiarse bajo toldos y portales. La visibilidad se redujo al veinte por ciento, después al diez, luego casi al cero. A Scott la fría lluvia se le antojó más que deliciosa; se acercaba a lo divino.

Superó a un corredor, luego a otro. El segundo era el anterior líder de la carrera, al que Deirdre había adelantado. Se había frenado y caminaba, chapoteando en la riada de la calle con la cabeza gacha, las manos en las caderas, la camiseta calada y pegada al torso.

Delante, a través de una cortina gris de lluvia, Scott vislumbró la camiseta roja. Creía que aún le quedaba suficiente gasolina en el depósito para alcanzarla, pero quizá la carrera acabara antes. El semáforo al final de Main Street había desaparecido. También el Puente de Hojalata y la cinta amarilla en el extremo más cercano. Todo se decidiría entre él y McComb, ambos

corriendo a ciegas a través del diluvio, y Scott jamás se había sentido tan feliz en su vida. Solo que «felicidad» era un término demasiado insípido. Allí, mientras exploraba los confines más remotos de su energía, existía un mundo nuevo.

«Todo converge aquí», pensó. «A esta elevación. Si así es como se sienten los moribundos, todo el mundo debería alegrarse de partir».

Estaba lo bastante cerca como para percatarse de que Deirdre McComb miraba hacia atrás, que la coleta empapada le azotaba el hombro como un pez agonizando fuera del agua. Los ojos se le ensancharon por la sorpresa al ver quién intentaba arrebatarle el primer puesto. Volvió la vista al frente, agachó la cabeza y aceleró el ritmo.

Scott primero igualó su velocidad, luego la superó. Acortando la distancia, casi lo bastante cerca como para tocarle la espalda de la camiseta, capaz de advertir los riachuelos de lluvia que le caían por el cuello. Capaz de oír —incluso por encima del rugido de la tormenta— sus resuellos, extrayendo aire de la lluvia. La veía a ella, pero no percibía los edificios por los que pasaban, ni el último semáforo, ni el puente. Había perdido todo sentido de la ubicación y no disponía de ninguna referencia que lo ayudara a determinar en qué punto de Main Street se encontraba. Su única referencia era la camiseta roja.

Entonces ella cometió el error de volver a mirar atrás. El pie izquierdo se enganchó con el tobillo derecho y cayó de bruces, con los brazos estirados, salpicando agua hacia delante y a los lados como un crío tirándose en plancha a una piscina. La oyó gruñir mientras se le escapaba el aire.

Scott llegó a su altura, se detuvo y se agachó. Ella se giró apoyada sobre un brazo para mirarlo. El rostro se le crispó en una mueca agónica de furia y dolor.

—¡Ha hecho trampas! —jadeó—. ¡Cabrón! ¿Cómo lo ha…?

La agarró. Brilló un relámpago, un fugaz resplandor que le hizo torcer el gesto.

—Vamos. —Le rodeó la cintura con el otro brazo y tiró de ella.

Deirdre lo miró con ojos desorbitados. Hubo otro relámpago.

—Dios bendito, ¿qué está haciendo? ¡¿Qué me está pasando?!

Scott prestó oídos sordos. Los pies de ella se movieron, pero no sobre la calle, inundada ya por dos centímetros de agua; pedaleaban en el aire. Sabía qué le ocurría a la mujer, y no le cabía duda de que era sorprendente, pero a él no le afectaba. Ella se sentía ligera, quizá ingrávida, pero era pesada para él, un cuerpo esbelto que era todo músculo y nervio. La soltó. Aún no veía el

Puente de Hojalata, pero vislumbró una tenue franja amarilla que debía de ser la cinta.

—¡Vamos! —gritó, y apuntó hacia la línea de meta—. ¡Corra!

Ella obedeció y él la siguió. La mujer rompió la cinta y brillaron los relámpagos. Scott entró detrás de ella, alzando las manos hacia la lluvia, reduciendo la velocidad conforme recorría el Puente de Hojalata. La encontró a medio camino sobre manos y rodillas. Se dejó caer a su lado, resoplando como ella, en busca de un aire que parecía líquido.

Ella lo miró, con el agua cayéndole por el rostro como si fueran lágrimas.

—¿Qué ha pasado? ¡Cielo santo, cuando me rodeó con el brazo fue como si no pesara nada!

Scott se acordó de las monedas que se había metido en los bolsillos de la parka el día que había ido a visitar al doctor Bob. Se acordó de cuando se subió a la báscula del baño mientras sujetaba un par de mancuernas de diez kilos.

—Así es —dijo él.

—¡DeeDee! ¡DeeDee!

Era Missy, que corría hacia ellos. Extendió los brazos. Deirdre se puso de pie entre chapoteos y estrechó a su esposa. Se tambalearon y estuvieron a punto de caer. Scott alargó los brazos para sujetarlas, pero no llegó a tocarlas. Brilló un relámpago.

Entonces la gente los encontró y fueron rodeados por los habitantes de Castle Rock, que aplaudían bajo la lluvia.

5
Después de la carrera

Esa noche Scott se recostó en una bañera llena de agua tan caliente como podía soportar, en un intento por aliviar el dolor de los músculos. Cuando el teléfono empezó a sonar, lo buscó a tientas bajo la ropa limpia doblada sobre una silla cercana.

«Vivo encadenado a ese puñetero trasto», pensó.

—¿Diga?

—¿Señor Carey? Soy Deirdre McComb. ¿Qué noche quiere que reserve para nuestra cena? Lo ideal sería el próximo lunes, porque es el día que el restaurante está cerrado.

Scott sonrió.

—Creo que no entendió la apuesta, señorita McComb. Usted ganó, así que a partir de ahora sus perros tienen carta blanca para pisar mi jardín, a perpetuidad.

—Los dos sabemos que eso no es exactamente cierto —objetó ella—. De hecho, se dejó ganar aposta.

—Usted se lo merecía.

Deirdre se echó a reír. Era la primera risa que oía proveniente de ella, y era encantadora.

—Mi entrenador en el instituto se tiraría de los pelos si oyera semejante sensiblería. Solía decir que lo que uno merece no tiene nada que ver con el puesto en que se termina. Sin embargo, aceptaré la victoria si nos invita a cenar.

—Entonces refrescaré mis conocimientos de cocina vegetariana. El próximo lunes me viene bien, pero solo si trae a su esposa. ¿Qué tal sobre las siete?

—Perfecto, y ella no querrá perdérsela. Además… —Titubeó durante un momento—. Me gustaría disculparme por lo que dije. Sé que no hizo trampas.

—No es necesaria ninguna disculpa —dijo Scott, y no mentía. Porque, en cierto sentido, sí había hecho trampas, por involuntarias que fueran.

—Si no por eso, debo disculparme por cómo le he tratado. Podría aducir circunstancias atenuantes, pero Missy afirma que no hay ninguna y a lo mejor no se equivoca. Tengo ciertas… actitudes… y no me ha sido fácil corregirlas.

No se le ocurrió qué contestar a eso, de modo que cambió de tema.

—¿Alguna de las dos es celíaca? ¿O intolerante a la lactosa? Avíseme, no sea que prepare algo que usted o Missy, la señorita Donaldson, no puedan comer.

Ella volvió a reírse.

—No comemos carne ni pescado, es lo único. Todo lo demás cabe en el menú.

—¿Incluso huevos?

—Incluso huevos, señor Carey.

—Scott. Llámeme Scott.

—De acuerdo. Y yo soy Deirdre. O DeeDee, para evitar confusión con Dee el perro. —Titubeó un instante—. Cuando vayamos a cenar, ¿me explicará qué ocurrió cuando me levantó? He experimentado sensaciones extrañas cuando corro, percepciones extrañas, cualquier corredor le dirá lo mismo…

—Yo mismo experimenté algunas —asintió Scott—. A partir de la colina del Cazador, las cosas se pusieron… muy raras.

—Pero nunca he sentido nada como aquello. Por unos segundos parecía que estuviera en la estación espacial o algo por el estilo.

—Sí, se lo explicaré. Pero me gustaría invitar a mi amigo el doctor Ellis, que ya lo sabe. Y a su mujer, si está libre. —«Y si quiere venir», fue lo que Scott se calló.

—De acuerdo. Hasta el lunes, entonces. Ah, y asegúrese de mirar el *Press Herald*. La noticia no saldrá en el periódico hasta mañana, claro, pero ya está en internet.

«Claro», pensó Scott. «En el siglo XXI, los periódicos impresos también son fábricas de carruajes».

—Lo haré.

—¿Cree que fueron relámpagos? ¿Lo que hubo al final?

—Sí —respondió Scott. ¿Qué otra cosa pudo ser? Los relámpagos casaban con los truenos como la crema de cacahuete casaba con la mermelada.

—Yo también —dijo DeeDee McComb.

Se vistió y encendió el ordenador. La noticia figuraba en la página de inicio del *Press Herald*, y Scott estaba convencido de que saldría en primera plana en el periódico del sábado, quizá en un lugar prominente, salvo que estallara alguna nueva crisis mundial. El titular rezaba: DUEÑA DE RESTAURANTE LOCAL GANA LA CARRERA DEL PAVO DE CASTLE ROCK. Según publicaban, era la primera vez que un residente del pueblo la ganaba desde 1989. Solo había dos imágenes en la edición digital, pero Scott suponía que incluirían más en la versión impresa. A la postre, no había habido relámpagos en la meta; había sido el fotógrafo del periódico y, a pesar de la lluvia, había logrado una imagen magnífica.

La primera foto mostraba juntos a Deirdre y a Scott, con el semáforo del Puente de Hojalata al fondo, no más que un borrón rojo, lo que significaba que debía de haberse caído a menos de setenta metros de la meta. Un brazo de él le rodeaba la cintura. Los cabellos que se le habían soltado de la coleta estaban pegados a las mejillas. Ella levantaba la mirada hacia él con exhausto asombro, y Scott también la miraba a ella… y sonreía.

SIGUIÓ ADELANTE CON LA PEQUEÑA AYUDA DE UN AMIGO, rezaba el pie de foto, y debajo: «Scott Carey, vecino de Castle Rock, ayuda a

ponerse en pie a Deirdre McComb, que sufrió una caída en la carretera mojada a poca distancia de la meta».

En el pie de la segunda foto, bajo las palabras EL ABRAZO DE LA VICTORIA, se nombraba a las tres personas que aparecían en ella: Deirdre McComb, Melissa Donaldson y Scott Carey. Las dos mujeres se fundían una en la otra. Aunque Scott no había llegado a tocarlas, tan solo había levantado los brazos, arqueándolos alrededor de ellas en un gesto instintivo para sujetarlas si caían, producía la impresión de que se unía al abrazo.

El texto de la noticia mencionaba el restaurante que Deirdre McComb regentaba con «su compañera» y citaba una crítica gastronómica que el periódico había publicado el pasado mes de agosto, definiendo la comida como «cocina vegetariana con aromas de fusión texano-mexicana que ha de experimentarse; es un viaje que merece la pena».

Bill E. Gato se había apostado en el sitio en que solía cuando Scott se sentaba al escritorio, encaramado a una mesa auxiliar, y observaba a su mascota humana con inescrutables ojos verdes.

—Te digo una cosa, Bill —le comentó Scott—. Si esto no consigue atraer más clientes, nada lo hará.

Entró en el cuarto de baño y se subió a la báscula. Las noticias que le dio no lo sorprendieron. Había bajado a 62,1 kilos. Quizá se debiera al esfuerzo de la jornada, pero no lo creía en realidad. Lo que sospechaba era que, al enchufarle una marcha más alta a su metabolismo (y ponerlo a toda máquina al final), había acelerado aún más el proceso.

Empezaba a pensar que el Día Cero podría llegar antes de lo que había anticipado.

Myra Ellis asistió a la cena con su marido. Se mostró tímida al principio —casi asustadiza—, al igual que Missy Donaldson, pero una copa de pinot (que Scott sirvió con queso, galletas saladas y aceitunas) relajó a las dos mujeres. Y, entonces, sucedió un milagro: descubrieron que compartían afición por la micología y dedicaron buena parte de la velada a hablar sobre setas comestibles.

—¡Cuánto sabes! —exclamó Myra—. ¿Puedo preguntarte si estudiaste en una escuela de cocina?

—Sí. Después de conocer a DeeDee, pero mucho antes de casarnos. Fui al ICE. El…

—¡El Instituto Culinario de Nueva York! —la interrumpió Myra. Le cayeron algunas migas sobre la blusa de seda con volantes que llevaba, pero ni se dio cuenta—. ¡Es famoso! ¡Qué envidia, por Dios!

Deirdre las miraba y sonreía. El doctor Bob también. Así que todo marchaba sobre ruedas.

Scott había pasado la mañana en el supermercado Hannaford de la localidad, con un ejemplar de *El placer de cocinar* (olvidado por Nora) abierto en el asiento para niños del carrito. Formuló muchas preguntas y, como suele ocurrir, la investigación dio sus frutos. Sirvió una lasaña florentina vegetariana con tostadas de ajo. Le complació —aunque no le sorprendió— ver que Deirdre se apartó no una ni dos, sino tres generosas raciones. Seguía en modo poscarrera, atiborrándose de carbohidratos.

—De postre solo tengo bizcocho —anunció Scott—. Es comprado, pero yo mismo he preparado el chantillí de chocolate.

—No lo he vuelto a probar desde que era niño —dijo el doctor Bob—. Mi madre lo hacía en las ocasiones especiales. Los críos lo llamábamos «chococrema». Tráelo para acá, Scott.

—Y un chianti —añadió Scott.

Deirdre aplaudió. Tenía las mejillas sonrosadas y le centelleaban los ojos, una mujer con cada una de las partes de su cuerpo funcionando a pleno rendimiento.

—¡Tráelo para acá también!

Fue una cena espléndida y la primera vez que se había empleado al máximo en la cocina desde que Nora había levantado el campamento. Mientras los veía comer y escuchaba su charla, se dio cuenta de lo vacía que parecía la casa desde que solo deambulaban por ella Bill y él.

Los cinco arrasaron con el bizcocho y, cuando Scott se disponía a recoger los platos, Myra y Missy se levantaron de la silla.

—Ya lo hacemos nosotras —se ofreció Myra—. Tú has cocinado.

—De eso nada, señorita —dijo Scott—. Voy a dejarlo todo en la encimera y pondré el lavavajillas más tarde.

Llevó los platos del postre a la cocina y los apiló en la encimera. Al girarse se encontró a Deirdre a su espalda, sonriendo.

—Si quieres trabajo, Missy está buscando un segundo chef.

—No creo que pudiera seguirle el ritmo —reconoció él—, pero lo tendré en cuenta. ¿Qué tal el negocio el fin de semana? Debe de haber ido bien si Missy está buscando un ayudante.

—Todo completo —respondió Deirdre—. Ni una mesa libre. Ha venido gente de fuera, pero también gente de Castle Rock que no había visto nunca, al menos en el restaurante. Y tenemos todo reservado para los próximos nueve o diez días. Es como volver a inaugurar, cuando la gente va por curiosidad. Si lo que sirves no está rico, o si solo está regular, la mayoría no repiten. Pero lo que Missy prepara está mucho más que regular. Seguro que vuelven.

—Ganar la carrera ha cambiado las cosas, ¿eh?

—Las cosas han cambiado gracias a las fotos. Pero, sin ti, no habrían sido más que las fotos de una tortillera tras ganar una carrera, ya ves tú qué importante.

—Estás siendo demasiado dura contigo misma.

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—No lo creo. Prepárate, grandullón, que voy a darte un abrazo.

Dio un paso hacia él y Scott retrocedió, extendiendo las manos, con las palmas hacia fuera. A ella se le nubló el rostro.

—No es por ti —se disculpó—. Créeme, nada me gustaría más que abrazarte. Los dos nos lo merecemos, pero tal vez no sea seguro.

Missy estaba de pie en la puerta de la cocina, con varias copas de vino entre los dedos sujetas por el fuste.

—¿Qué pasa, Scott? ¿Te ocurre algo?

Él sonrió.

—Podría decirse que sí.

El doctor Bob se unió a las mujeres.

—¿Vas a contárselo?

—Sí —dijo Scott—. En el salón.

Se lo contó todo, y sintió un enorme alivio. Myra solo parecía confundida, como si no terminara de asimilarlo, pero Missy no se lo creía.

—Es imposible. El cuerpo de una persona cambia al perder peso, es un hecho.

Scott titubeó por unos instantes y luego se acercó al sofá, donde Missy estaba sentada junto a Deirdre.

—Dame la mano. Solo un segundo.

Ella la extendió sin vacilar. Con total confianza. «No le hará daño», se dijo a sí mismo, y esperaba no equivocarse. Al fin y al cabo, había ayudado a

Deirdre a ponerse de pie cuando se cayó, y no había sufrido efectos secundarios.

Agarró a Missy de la mano y tiró de ella. La mujer salió despedida del sofá, con los cabellos ondeando a la espalda y los ojos abiertos como platos. Scott la apresó para evitar que chocara contra él, la levantó, la depositó en el suelo y retrocedió. Las rodillas de Missy se le doblaron cuando las manos de él cesaron de tocarla y el cuerpo recuperó su peso. Ella entonces se enderezó y se quedó mirándolo asombrada.

—Me has… Y he… ¡Jesús!

—¿Cómo ha sido? —preguntó el doctor Bob. Se inclinó hacia delante en su butaca, con los ojos brillantes—. ¡Descríbemelo!

—Ha sido…, bueno… Creo que no puedo.

—Inténtalo —la instó.

—Ha sido como cuando en una montaña rusa llegas a la primera cresta y luego te precipitas hacia abajo. Se me subió el estómago… —Se rio nerviosamente, con la mirada aún fija en Scott—. ¡Se me subió todo!

—Lo intenté con Bill —dijo Scott, señalando con la cabeza a su gato, que en ese momento dormitaba tirado en la chimenea—. Se espantó. Me trepó por el brazo y me llenó de arañazos en sus prisas por saltar al suelo, y Bill nunca araña.

—¿Cualquier cosa que agarres se queda sin peso? —preguntó Deirdre—. ¿Es realmente cierto?

Scott lo meditó durante un momento. Pensaba en ello a menudo y a veces le parecía que lo que le ocurría no era un fenómeno físico, sino que estaba infectado por alguna especie de germen o virus.

—Los seres vivos pierden el peso. Se vuelven livianos, pero…

—A ti te pesan.

—Sí.

—¿Y las demás cosas? ¿Los objetos inanimados?

—Una vez que los cojo… o me los pongo… no. No pesan. —Se encogió de hombros.

—¿Cómo es posible? —preguntó Myra—. ¿Cómo va a ser posible eso? —Miró a su marido—. ¿Lo sabes?

El doctor Bob negó con la cabeza.

—¿Cómo empezó? —inquirió Deirdre—. ¿Qué lo ha provocado?

—Ni idea. Ni siquiera sé cuándo empezó, porque no adquirí la costumbre de pesarme hasta después de que el proceso se iniciara.

—En la cocina dijiste que no era seguro.

—Dije que tal vez. No lo sé con certeza, pero esta clase de ingravidez repentina podría joderte el corazón…, la presión arterial…, la función cerebral…, ¿quién sabe?

—Los astronautas están en condiciones de ingravidez —objetó Missy—. O casi. Supongo que los que están en órbita alrededor de la tierra deben de estar sujetos al menos a cierta atracción gravitacional. Y también los que caminaron por la luna.

—No se trata solo de eso, ¿verdad? —aventuró Deirdre—. Tienes miedo de que sea contagioso.

Scott hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—La idea se me ha ocurrido.

Se produjo un momento de silencio mientras todos ellos procuraban digerir lo indigerible. Entonces habló Missy.

—¡Tienes que ir a un hospital! Tienen que examinarte médicos que…, que sepan de esta clase de cosas…

Su voz se diluyó a medida que reconocía lo obvio: no había médicos que supieran de esa clase de cosas.

—A lo mejor son capaces de hallar la manera de revertirlo —concluyó por fin. Se volvió hacia Ellis—. Tú eres médico. ¡Díselo!

—Ya lo he hecho —replicó el doctor Bob—. Muchas veces, pero Scott se niega. Al principio pensé que era un desatino, que estaba obcecado, pero he cambiado de opinión. Dudo mucho que esto sea algo que pueda investigarse desde una perspectiva científica. A lo mejor cesa por sí solo…, o puede que hasta remita…, pero creo que ni los mejores médicos del mundo podrían llegar a comprenderlo y mucho menos influir en ello, ni positiva ni negativamente.

—Y no tengo el más mínimo deseo de pasar el resto de mi programa de pérdida de peso siendo examinado en una habitación de hospital o en una instalación del gobierno —dijo Scott.

—O como una curiosidad pública, supongo —añadió Deirdre—. Lo entiendo. Perfectamente.

Scott asintió con la cabeza.

—Entonces comprenderéis que os pida que me prometáis que lo que se ha hablado en esta habitación no saldrá de aquí.

—Pero ¿qué te ocurrirá a ti? —estalló Missy—. ¿Qué te ocurrirá cuando no te quede nada de peso?

—No lo sé.

—¿Y cómo vivirás? No vas a… —Miró alrededor con ojos desorbitados y frenéticos, como esperando que alguien terminara su pensamiento. Nadie recogió el testigo—. ¡No vas a flotar por el techo!

Scott, que ya había pensado en una vida así, se limitó a encogerse de hombros una vez más.

Myra Ellis se inclinó hacia delante, las manos apretadas con tanta fuerza que los nudillos se habían puesto blancos.

—¿No te aterra? Debe de asustar, me imagino.

—Esa es la cuestión —respondió Scott—. No tengo miedo. Al principio sí, pero ahora… No sé… Me da la impresión de que no es tan malo.

Había lágrimas en los ojos de Deirdre, pero sonreía.

—Me parece que eso también lo entiendo —dijo ella.

—Sí —afirmó él—. Te creo.

Pensaba que si había alguna persona a la que le resultaría imposible guardar el secreto, esa sería Myra Ellis, con todos sus comités y grupos parroquiales. Pero se equivocaba. Ninguno de ellos habló. Se convirtieron en una especie de camarilla y se reunían una vez a la semana en el Santo Frijol, donde Deirdre siempre tenía una mesa reservada para ellos, con una placa que decía: «Grupo del doctor Ellis». El sitio estaba siempre lleno, o casi, y Deirdre explicó que, cuando acabara el año, si las cosas no aflojaban, tendrían que abrir más temprano y establecer otro turno de comedor. Missy había contratado a una ayudante de cocina y, siguiendo el consejo de Scott, optó por una persona del pueblo: la hija mayor de Milly Jacob.

—Es un poco lenta —comentó Missy—, pero tiene ganas de aprender y, para cuando vuelva la gente del verano, lo hará bien. Ya verás.

Entonces se sonrojó y se miró las manos al percatarse de que Scott quizá ya no estuviera allí el próximo verano.

El 10 de diciembre, Deirdre McComb encendió el árbol de Navidad en la plaza mayor de Castle Rock. Casi mil personas acudieron a la ceremonia nocturna, que incluía la interpretación de villancicos a cargo del coro del instituto. El alcalde Coughlin, vestido de Papá Noel, llegó en helicóptero.

Hubo aplausos cuando Deirdre subió al podio y un rugido de aprobación se elevó cuando proclamó el abeto de nueve metros como «el mejor árbol de Navidad del mejor pueblo de Nueva Inglaterra».

Las luces se encendieron, el ángel de neón en la punta hizo piruetas y reverencias, y la multitud acompañó al coro del instituto, que le cantaba al fiel

abeto de Navidad y la belleza de sus ramas. A Scott le hizo gracia ver a Trevor Yount cantando y aplaudiendo junto a todos los demás.

Aquel día, Scott Carey pesaba 51,7 kilos.

6
La increíble levedad del ser

Lo que Scott había dado en denominar «el efecto ingrávido» tenía límites. La ropa no se le despegaba flotando del cuerpo. Las sillas no levitaban cuando se sentaba en ellas, aunque, si llevaba una al cuarto de baño y se subía con ella a la báscula, su peso no se registraba. Si existían reglas en lo que estaba ocurriendo, no las comprendía, ni le importaban. Seguía adoptando una actitud optimista y dormía bien por las noches. Esas eran las cosas que le importaban.

Llamó a Mike Badalamente el día de Año Nuevo y, tras intercambiar los buenos deseos de rigor, le contó que estaba planeando ir a California al cabo de unas semanas, a visitar a su única tía viva. Si decidía salir de viaje, ¿se encargaría él de cuidarle el gato?

—Vaya, no lo sé —respondió Mike—. A lo mejor. ¿Hace sus necesidades en el arenero?

—Siempre.

—¿Por qué yo?

—Porque creo que todos los libreros deberían tener un gato residente, del que tú careces en la actualidad.

—¿Cuánto tiempo piensas estar fuera?

—No lo sé. Depende de cómo esté tía Harriet. —No existía ninguna tía Harriet, por supuesto, y tendría que pedirle al doctor Bob o a Myra que le llevaran el gato a Mike. Deirdre y Missy olían a perro y Scott ya no podía siquiera acariciar a su viejo amigo; Billy escapaba si se le acercaba demasiado.

—¿Qué come?

—Friskies —dijo Scott—. Y el animal irá provisto de una buena cantidad de víveres. Si decido ir, claro.

—Vale, trato hecho.

—Gracias, Mike. Eres un amigo.

—Sí, pero esa no es la razón. Le hiciste a este pueblo un pequeño pero valioso *mitzvá* cuando ayudaste a McComb a levantarse para que pudiera acabar la carrera. Lo que pasaba con ella y su esposa era muy feo. Las cosas han mejorado.

—Un poco.

—Yo diría que mucho.

—Bueno, pues gracias. Y feliz Año Nuevo otra vez.

—Lo mismo digo, socio. ¿Cómo se llama el felino?

—Bill. Bueno, Bill E. Gato, en realidad.

—Como en *El condado de Bloom*. Mola.

—Cógelo y dale unas caricias de vez en cuando. Si decido salir de viaje, claro. Le gusta.

Scott colgó, reflexionó sobre lo que significaba desprenderse de las cosas —sobre todo de las cosas más preciadas, como los amigos— y cerró los ojos.

El doctor Bob llamó unos días después y preguntó a Scott si la pérdida de peso se mantenía entre setecientos y ochocientos gramos al día. Scott le respondió que sí, sabiendo que la mentira no regresaría para atormentarle; tenía el mismo aspecto de siempre, y eso incluía la barriga que le caía sobre el cinturón.

—Conque… ¿aún crees que te quedarás sin nada a principios de marzo?

—Sí.

Scott suponía que el Día Cero llegaría antes de que terminara enero, pero no podía asegurarlo a ciencia cierta, ni siquiera podía realizar un cálculo fundamentado, pues había dejado de pesarse. No hacía mucho, había evitado la báscula porque marcaba demasiados kilos; ahora no se acercaba por lo contrario. Era consciente de la ironía.

Por el momento, Bob y Myra Ellis no debían enterarse de cuánto se había acelerado el proceso; ni tampoco Missy y Deirdre. Tendría que contárselo tarde o temprano, porque, cuando llegara el fin, necesitaría la ayuda de uno de ellos. Y sabía a quién recurriría.

—¿Cuánto pesas ahora? —preguntó el doctor Bob.

—Cuarenta y ocho —mintió Scott.

—¡Hostia puta!

Imaginaba que Ellis proferiría algo más que un «hostia puta» si supiera lo que Scott sabía: que rayaba más bien los treinta y dos. Podía cruzar el salón de cuatro firmes zancadas, o saltar, asirse a una de las vigas y columpiarse a lo Tarzán. No había alcanzado el peso que tendría en la luna, pero se aproximaba.

El doctor Bob permaneció en silencio un momento y al cabo dijo:

—¿Te has planteado que la causa de lo que te ocurre pudiera estar viva?

—Claro —respondió Scott—. Quizá una bacteria exótica que penetró a través de un corte, o un virus sumamente raro que inhalé.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que pudiera ser un ser consciente?

Esta vez le tocó a Scott guardar silencio. Por fin dijo:

—Sí.

—He de admitir que estás lidiando con la situación extremadamente bien.

—Por ahora sí —asintió Scott, pero tres días después descubrió lo mucho con que tendría que lidiar antes de que llegara el fin. Uno creía saberlo, uno creía que estaría preparado… hasta el día en que salía a buscar el correo.

El oeste de Maine llevaba experimentando el deshielo de enero desde el día de Año Nuevo, con temperaturas que rondaban los diez o doce grados. Dos días después de la llamada del doctor Bob el termómetro superó los quince grados y los niños regresaron al colegio con chaquetas ligeras. Esa noche, sin embargo, las temperaturas se desplomaron y empezó a caer cellisca y nieve granular.

Scott apenas se percató. Pasó parte de la noche en el ordenador comprando cosas. Podría haber adquirido todos los artículos en el pueblo —la silla de ruedas y el arnés de pecho en la sección de ostomía de la farmacia CVS en el mismo centro comercial donde había comprado las golosinas de Halloween, y la rampa y las barras y asas en la Ferretería de Purdy—, pero los lugareños eran propensos a darle a la lengua. Y hacían preguntas. Eso quería evitarlo a toda costa.

Dejó de nevar hacia la medianoche y el día siguiente amaneció despejado y frío. La nieve reciente, recubierta de una costra congelada, resplandecía tanto que obligaba a apartar la mirada. Era como si el césped y el camino de entrada se hubieran rociado de plástico transparente. Scott se enfundó la parka y salió a buscar el correo. Había cogido la costumbre de no usar los escalones y bajar de un salto hasta el camino. Las piernas, descabelladamente hipermusculadas para su peso, parecían demandar esa explosión de energía.

Lo hizo ahora y, cuando tocaron la capa de hielo, los pies se le desbocaron. Aterrizó de culo y se echó a reír, pero calló de pronto al darse cuenta de que empezaba a deslizarse. Descendió la pendiente del jardín sobre la espalda, como una bola por la superficie lijada de una pista de bolos, ganando velocidad a medida que se aproximaba a la calzada. Se agarró a un arbusto, pero estaba cubierto de escarcha y se le resbaló la mano. Se dio la vuelta y extendió las piernas, pensando que así se frenaría. Pero no. Solo consiguió patinar de lado.

«La costra es gruesa, pero no tanto», pensó. «Si pesara lo que aparento, se rompería y me pararía. Pero no. Voy directo a la carretera y, como venga un coche, no le dará tiempo a frenar. Entonces no tendré que preocuparme sobre el Día Cero».

No llegó tan lejos. Chocó contra el poste sobre el que estaba montado el buzón, con fuerza suficiente para cortarle la respiración. Cuando recuperó el aire, trató de levantarse, pero volvió a desplomarse, despatarrado, en la resbaladiza costra. Apoyó entonces los pies en el poste y empujó. Tampoco funcionó; avanzó poco más de un metro antes de que el impulso muriera y volvió a deslizarse hasta el poste. A continuación intentó arrastrarse, pero los

dedos no conseguían aferrarse a la costra. Se había olvidado los guantes y se le estaban entumeciendo las manos.

«Necesito ayuda», pensó, y el nombre que de inmediato irrumpió en su mente fue el de Deirdre. Metió la mano en el bolsillo de la parka, pero por una vez se había olvidado el teléfono, que descansaba sobre la mesa del estudio. Suponía que, al final, podría apañárselas para alcanzar la calle, echarse a la vera y hacer señas con la mano cuando pasara un coche. Alguien se detendría y le ayudaría, pero ese alguien haría preguntas que Scott no quería responder. El camino de entrada a la casa ofrecía una perspectiva aún más descorazonadora; parecía una pista de patinaje.

«Pues aquí estoy», pensó, «como una tortuga tendida sobre el caparazón. Tengo las manos entumecidas y pronto les seguirán los pies».

Estiró el cuello para mirar los árboles desnudos, las ramas que se mecían suavemente sobre el fondo azul de un cielo sin nubes. Miró el buzón y vio lo que podría ser la solución a su tragicómico problema. Se sentó, sujetándose al poste con la entrepierna, y asió la banderita metálica que indica que hay correo sujeta al costado del buzón. Estaba suelta y bastaron dos fuertes tirones para arrancarla. Después utilizó el extremo mellado de la banderita y excavó dos agujeros en la costra de hielo. Colocó una rodilla en uno y un pie en el otro. Se levantó, sujetándose al poste con la mano libre para mantener el equilibrio. De esa guisa se las ingenió para salvar la distancia hasta los escalones; se agachaba primero para picar la capa de hielo, avanzaba un paso y luego horadaba de nuevo la costra.

Pasaron un par de coches y alguien tocó el claxon. Scott alzó una mano y saludó sin girarse. Para cuando llegó a los escalones, las manos habían perdido toda sensibilidad y una le sangraba por dos sitios. La puta espalda le dolía como una condenada. Se encaminó hacia la puerta, se resbaló y a duras penas consiguió asirse a la barandilla de hierro, pese a la capa de hielo que la cubría, antes de terminar deslizándose de nuevo hasta el buzón. No estaba seguro de que le quedaran fuerzas para volver a subir la cuesta del césped, ni siquiera con los agujeros que había excavado para pisar. Estaba exhausto y apestaba a sudor bajo la parka. Se tumbó en el vestíbulo. Bill se acercó a inspeccionarlo —pero no demasiado— y expresó su angustia con un maullido.

—Estoy bien —le tranquilizó—. No te preocupes, que tu comida no peligra.

«Sí, estoy bien», pensó. «Como si me hubiera tirado en trineo por el hielo, pero sin trineo. Ahora es cuando de verdad empiezan las cosas raras de

cojones».

Suponía que al menos era un consuelo saber que las cosas raras de cojones no se prolongarían demasiado.

«Pero tengo que instalar las barras y la rampa cuanto antes. Se acaba el tiempo».

Un lunes por la noche de mediados de mes, los miembros del «grupo del doctor Ellis» se reunieron para cenar juntos por última vez. Scott no había visto a ninguno de ellos desde hacía una semana, alegando la necesidad de enclaustrarse para terminar el proyecto de los grandes almacenes. Que en realidad había finalizado, al menos el primer borrador, antes de Navidad. Suponía que alguna otra persona se encargaría de aplicar los últimos retoques.

Pidió que cada uno llevara su propia comida, porque cocinar le resultaba ya complicado. De hecho, todo se le hacía difícil. Subir las escaleras no le exigía ningún esfuerzo; bastaban tres sencillos saltos. Bajarlas era más duro. Temía que pudiera tropezar y romperse una pierna, de modo que se agarraba a la barandilla y descendía escalón a escalón, como un anciano aquejado de gota y artrosis de cadera. Además, había desarrollado una tendencia a chocar con las paredes, porque le resultaba difícil calcular el impulso y más aún controlarlo.

Myra le preguntó por la rampa que ahora cubría los escalones del porche. El doctor Bob y Missy se mostraron más preocupados por la silla de ruedas aparcada en el rincón de la sala de estar y el arnés —diseñado para personas con poca o ninguna capacidad para sentarse erguidas— que envolvía el respaldo. Deirdre no hizo preguntas, se limitaba a mirarlo con ojos tristes y prudentes.

Comieron un sabroso guiso vegetariano (de Missy) y patatas al gratín con salsa de queso (de Myra), todo ello coronado con un pastel de ángel (del doctor Bob), delicioso pese a los grumos, solo un poco quemado en la base. El vino era bueno, pero la charla y las risas lo superaron.

Cuando terminaron, él dijo:

—Es hora de confesar. Os he estado mintiendo. Esto va a ir un poco más rápido de lo que os conté.

—¡Scott, no! —gritó Missy.

El doctor Bob asentía con la cabeza, no parecía sorprendido.

—¿Cómo de rápido?

—Más de un kilo al día, casi uno y medio.

—¿Y cuánto pesas ahora?

—No lo sé. He estado evitando la báscula. Vamos a averiguarlo.

Scott trató de levantarse. Los muslos conectaron con la mesa y salió lanzado hacia delante, derribando dos copas al extender las manos para intentar detenerse. Deirdre se apresuró a coger el mantel y arrojarlo sobre el vino derramado.

—Lo siento, lo siento —se disculpó Scott—. Estos días no soy consciente de mi propia fuerza.

Se dio media vuelta con tanta cautela como un hombre con patines y echó a andar hacia la parte de atrás de la casa. No importaba el cuidado que pusiera al caminar, sus pasos se transformaban en saltos. El peso que aún le restaba lo quería sobre la tierra; los músculos insistían en que se elevara por encima de ella. Se desequilibró y tuvo que asirse a una de las recién instaladas barras para evitar precipitarse de cabeza por el pasillo.

—Madre mía —dijo Deirdre—. Debe de ser como aprender a andar de nuevo.

«Deberías haberme visto la última vez que salí a buscar el correo», pensó Scott. «Aquella sí que fue una auténtica experiencia de aprendizaje».

Al menos ninguno de ellos volvió a sugerir la idea de la clínica. No era que la falta de la propuesta lo sorprendiera. Un simple vistazo a su locomoción, torpe, ridícula y a la vez extrañamente garbosa, bastaba para disipar la idea de que una clínica le supondría algún bien. Ahora se trataba de una cuestión privada. Ellos lo entendían así y él se alegraba.

Se apiñaron todos en el cuarto de baño y le observaron subirse a la báscula Ozeri.

—Dios santo —musitó Missy—. Oh, Scott.

La lectura era de 13,7 kilos.

Desanduvo el camino de vuelta al comedor con los demás siguiéndolo. Avanzó con la precaución de un hombre que cruzase un arroyo de piedra en piedra y aun así terminó chocando de nuevo contra la mesa. Missy alargó por instinto los brazos para sujetarlo, pero él la rechazó con un gesto de la mano antes de que pudiera tocarlo.

Cuando estuvieron sentados, él dijo:

—No me molesta. De hecho, estoy fenomenal. De veras.

Myra tenía la cara pálida.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé, simplemente lo estoy. Pero esta es nuestra cena de despedida. No volveré a veros a ninguno, excepto a Deirdre. Necesito a alguien que me ayude al final. ¿Lo harás?

—Sí, por supuesto. —No titubeó, se limitó a rodear con el brazo a su esposa, que había roto a llorar.

—Solo quería decir… —Scott se interrumpió, se aclaró la garganta—. Solo quería decir que ojalá nos quedara más tiempo. Habéis sido buenos amigos.

—No hay elogio más sincero que ese —contestó el doctor Bob. Se enjugaba los ojos con una servilleta.

—¡No es justo! —estalló Missy—. ¡No es nada justo, joder!

—Bueno, no —asintió Scott—, no es justo. Pero no dejo niños detrás, mi ex es feliz donde está, las cosas son así, y es más justo que el cáncer o el alzhéimer, o ser víctima de un incendio en un pabellón de hospital. Imagino que pasaría a la historia si alguien hablara de ello.

—Cosa que no haremos —prometió el doctor Bob.

—No —convino Deirdre—. No hablaremos. ¿Puedes contarme qué necesitas que haga, Scott?

Podía, y se lo contó, detallándolo todo excepto lo que guardaba en una bolsa de papel en el armario del pasillo. Los demás lo escucharon en silencio y nadie expresó una palabra de desacuerdo.

Cuando concluyó, Myra le preguntó con timidez:

—¿Qué se siente, Scott? O, mejor dicho, ¿cómo te sientes?

Scott se acordó de las sensaciones que había experimentado al descender la colina del Cazador, cuando había encontrado el viento de cola y el mundo entero se había manifestado en la gloria normalmente oculta de las cosas ordinarias: el cielo, encapotado y plomizo; cada piedrecilla preciosa y colilla y lata de cerveza tirada a la vera de la carretera; su propio cuerpo funcionando por una vez a pleno rendimiento, cada célula saturada de oxígeno.

—Elevado —dijo por fin.

Miró a Deirdre McComb, vio que le clavaba sus brillantes ojos en el rostro y supo que entendía por qué la había elegido a ella.

Myra engatusó a Bill para que entrara en el trasportín. El doctor Bob lo llevó a su 4Runner y lo aseguró en la parte de atrás. Luego los cuatro permanecieron parados en el porche, entre penachos de vaho en el frío aire

nocturno. Scott permaneció en la puerta, asiéndose con fuerza a una de las barras.

—¿Puedo decir algo antes de irnos? —le rogó Myra.

—Claro —asintió Scott, pero no deseando oírlo. Deseando que se marcharan sin más. Pensó que había descubierto una de las grandes verdades de la vida (y que hubiera preferido ignorar): lo único más difícil que despedirse, kilo a kilo, de uno mismo era despedirse de los amigos.

—He sido muy tonta. Lamento lo que te ocurre, Scott, pero me alegro de lo que me ha ocurrido a mí. De otro modo, habría permanecido ciega a cosas muy buenas y a ciertas personas buenas. Habría seguido siendo una mujer vieja y estúpida. No puedo abrazarte, conque esto tendrá que valer.

Abrió los brazos, atrajo a Deirdre y a Missy hacia sí y las estrechó. Ellas le devolvieron el abrazo.

El doctor Bob habló a continuación:

—Si me necesitas, vendré a la carrera. —Se echó a reír—. Bueno, no, mis días de correr ya quedaron atrás, pero ya sabes lo que quiero decir.

—Lo sé —dijo Scott—. Gracias.

—Hasta la vista, viejo. Ten cuidado dónde pisas. Y cómo.

Scott los observó mientras se dirigían al coche del doctor Bob. Los observó mientras se montaban. Agitó la mano, cuidándose de asirse a la sujeción mientras lo hacía. Luego cerró la puerta y se encaminó a la cocina, medio andando medio saltando, sintiéndose como un personaje de dibujos animados. Que era, en el fondo, la razón por la que le parecía tan importante mantener aquello en secreto. Estaba seguro de que parecía absurdo, y era absurdo…, pero solo si se veía desde fuera.

Se sentó en la encimera de la cocina y miró hacia el rincón vacío que durante los últimos siete años habían ocupado los cuencos de agua y comida de Bill. Permaneció mirándolo un rato muy largo. Y luego se subió a dormir.

Al día siguiente recibió un correo electrónico de Missy Donaldson.

> *Le dije a DeeDee que quería ir con ella y estar allí al final. Tuvimos una discusión muy fuerte y no me rendí hasta que me recordó lo del pie y cómo me sentía cuando era pequeña. Ahora puedo correr, y me encanta, pero nunca he participado en competiciones, como DeeDee, porque solo se me dan bien las distancias cortas, aun después de todos estos años. Verás, nací con pie equinovaro, lo que suele llamarse pie zambo. Me*

operaron para corregirlo cuando tenía siete años, pero hasta entonces caminaba con muleta y tardé años en aprender a andar con normalidad.

Cuando tenía cuatro años, lo recuerdo claramente, le enseñé el pie a mi amiga Felicity. Se echó a reír y dijo que tenía el pie tonto y asqueroso. Después de eso no volví a permitir a nadie que lo mirara, solo a mi madre y a los médicos. No quería que la gente se riera. DeeDee sostiene que eso es lo mismo que te pasa a ti. Dijo: «Quiere que lo recuerdes como cuando era normal y no rebotando de un lado a otro de la casa, como un efecto especial cutre de una peli de ciencia ficción de los cincuenta».

Entonces lo entendí, pero eso no significa que me guste ni que te lo merezcas.

Scott, lo que hiciste el día de la carrera permitió que pudiéramos quedarnos en Castle Rock, no solo porque tenemos un negocio aquí, sino porque ahora disponemos de la oportunidad de formar parte de la vida del pueblo. DeeDee cree que la van a invitar a unirse a la Cámara Júnior de Comercio. Se ríe y dice que es una estupidez, pero sé que en su interior no lo piensa. Es un trofeo, igual que los que gana en las carreras. Bueno, no todos nos aceptarán, no soy tan tonta, ni tan ingenua, para creerlo, algunos nunca nos tragarán, pero la mayoría sí. Muchos ya lo han hecho. Sin ti, eso no habría sucedido jamás, y sin ti, una parte de mi amada habría permanecido siempre cerrada al mundo. Ella no lo dirá, pero yo sí: tú le has arrancado la espina del rencor que tenía clavada. Era una espina grande y ahora vuelve a caminar erguida. Siempre ha sido quisquillosa e irritable, y no espero que eso cambie, pero ahora es más abierta. Ve más, oye más, puede llegar a ser más. Y tú lo hiciste posible. Tú la levantaste cuando se cayó.

Dice que hay un vínculo entre los dos, un sentimiento compartido, y que por eso tiene que ser ella la que te ayude al final. ¿Estoy celosa? Un poquito, pero creo que lo entiendo. Lo entendí cuando dijiste que te sentías elevado. Ella es igual cuando corre. Es la razón por la que corre.

Por favor, sé valiente, Scott. Y que sepas que pienso en ti. Rezo por ti.

Con todo mi amor,
Missy

P. D.: Cuando vayamos a la librería, no dejaremos de mimar a Bill.

Scott pensó en llamarla y agradecerle que le hubiera dicho cosas tan amables, pero decidió que sería mala idea. Podría alterarlos a los dos. En su lugar, imprimió el mensaje y se lo guardó en uno de los bolsillos del arnés.

Lo acompañaría cuando se fuera.

El domingo siguiente por la mañana, Scott recorrió el pasillo hacia el cuarto de baño con unos trancos que difícilmente podrían considerarse pasos. Con cada uno flotaba hasta el techo, donde se empujaba con las yemas de los dedos para bajarse al suelo. La caldera se puso en marcha y el soplo de aire que brotó de la rejilla de ventilación lo ladeó un poco. Se giró y asió una barra para impulsarse y dejar atrás la corriente de aire.

En el cuarto de baño, planeó durante un momento y al cabo se posó sobre la báscula. Al principio creyó que no iba a marcar ningún peso. Entonces, por fin, escupió una cifra: 0,9. Prácticamente lo que había esperado.

Al atardecer llamó al móvil de Deirdre. No se complicó.

—Te necesito. ¿Puedes venir?

—Sí. —Fue lo único que ella dijo, y lo único que él precisaba.

La puerta de la casa estaba cerrada, pero no con llave. Deirdre se coló dentro sin abrirla del todo debido a la corriente de aire. Encendió las luces del pasillo para disolver las sombras y se encaminó a la sala de estar. Encontró a Scott sentado en la silla de ruedas. Se las había apañado para colocarse parte del arnés, que estaba abrochado al respaldo de la silla, pero su cuerpo se separaba del asiento y un brazo le colgaba en el aire. El rostro le brillaba de sudor, que también le oscurecía la delantera de la camiseta.

—Casi esperé demasiado —se lamentó. Sonaba como si le faltara el aliento—. Tuve que bajarme hasta la silla como nadando. A braza, créetelo.

Deirdre lo creía. Se acercó a él y se plantó delante de la silla de ruedas, mirándolo con asombro.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí así?

—Un rato. Quería esperar a que estuviera oscuro. ¿Ya ha anochecido del todo?

—Casi. —Se puso de rodillas—. Oh, Scott. Esto es malo.

Él giró el cuello a derecha e izquierda, negando a cámara lenta, como un hombre sacudiendo la cabeza bajo el agua.

—Sabes que no.

Lo sabía. O eso esperaba.

Peleó con el brazo flotante y al final se las ingenió para embocarlo por la apertura del chaleco.

—¿Puedes intentar abrocharme las correas alrededor del pecho y la cintura sin tocarme?

—Creo que sí —dijo ella, pero, al arrodillarse frente a la silla, lo rozó con los nudillos dos veces, una en un costado y otra en el hombro, y en ambas ocasiones sintió que su cuerpo ascendía y luego volvía a asentarse. Su estómago dio una voltereta con cada contacto, que le recordó a cuando, de niña, el coche pillaba un bache y su padre exclamaba: «¡Aúpa!». O…, sí, Missy había acertado, se parecía a una montaña rusa, cuando la vagoneta coronaba la primera cresta, vacilaba y luego descendía en picado.

Por fin estuvo hecho.

—¿Y ahora qué?

—Pronto saborearemos el aire nocturno. Pero ve primero al armario de la entrada, donde guardo las botas. Hay una bolsa de papel y un rollo de cuerda. No creo que tengas problemas para empujar la silla de ruedas, pero, si no puedes, tendrás que atar la cuerda alrededor del reposacabezas y tirar.

—¿Estás seguro de esto?

Scott asintió con la cabeza, sonriendo.

—¿Crees que quiero pasar el resto de mi vida atado a este trasto? ¿O que alguien tuviera que subirse a una escalera para darme de comer?

—Bueno, se podría grabar un vídeo chulo para colgarlo en YouTube.

—Y que nadie se tragaría.

Encontró la cuerda y la bolsa de papel marrón y las llevó a la sala de estar. Scott extendió las manos.

—Venga, campeona, a ver de qué eres capaz. Tírame la bolsa desde ahí.

Lo hizo, y fue un buen lanzamiento. La bolsa trazó un arco en el aire hacia las manos extendidas de él…, se detuvo a un par de centímetros de las

palmas… y luego se posó despacio en ellas. Allí la bolsa pareció recuperar su peso y Deirdre tuvo que recordarse lo que él había dicho cuando les explicó por primera vez lo que le ocurría: las cosas le pesaban. ¿Se trataba de una paradoja? Le producía dolor de cabeza, fuera lo que fuese, y de todos modos no quedaba tiempo para pensar en ello.

Scott desgarró la bolsa y entonces sostuvo en las manos un objeto cuadrado que estaba envuelto en un papel grueso decorado de explosiones estelares. De la base sobresalía una lengüeta roja de unos diez centímetros de largo.

—Se llama SkyLight. Lo compré por internet en la fábrica de fuegos artificiales de Oxford. Ciento cincuenta dólares. Espero que valga la pena.

—¿Cómo vas a encenderlo? ¿Cómo vas a poder cuando…, cuando estés…?

—No sé si podré, pero la confianza es alta. Tiene una mecha de las que se rascan.

—Scott, ¿tengo que hacerlo?

—Sí —sentenció él.

—Quieres irte.

—Sí —afirmó Scott—. Es la hora.

—En la calle hace frío y estás empapado de sudor.

—No me importa.

Pero a ella sí. Subió al dormitorio de arriba y arrancó el edredón de una cama en la que él había dormido —en una época anterior, al menos—, pero que no conservaba la impresión de su cuerpo en el colchón ni la de su cabeza en la almohada.

Soltó un bufido de rabia. Luego se llevó el edredón abajo y se lo lanzó como había lanzado la bolsa de papel, y contempló con igual fascinación cómo se detenía… se desplegaba… y luego se posaba sobre su pecho y regazo.

—Arrópate bien.

—Sí, señora.

Ella lo observó mientras se envolvía en el edredón y luego le metió bajo los pies la parte que arrastraba por el suelo. Esa vez la voltereta fue más pronunciada, el «aúpa» un doble salto mortal en vez de uno. Las rodillas se despegaron del suelo y notó que los cabellos le ondeaban hacia arriba. Entonces cesó y, cuando las rodillas golpearon las tablas del suelo, llegó a comprender mejor por qué él podía sonreír aún. Se acordó de algo que había leído en la facultad, de Faulkner, quizá: «La gravedad es el ancla que nos

sujeta a nuestras tumbas». No habría tumba para este hombre, ni tampoco más gravedad. Se le había concedido una dispensa especial.

—En la gloria —dijo él en tono socarrón.

—No te lo tomes a guasa, Scott. Por favor.

Se situó detrás de la silla y colocó con tiento las manos en las empuñaduras. No hizo falta la cuerda; ella conservó su peso. Lo empujó hacia la puerta, salió al porche y lo bajó por la rampa.

La noche era fría y le helaba el sudor en el rostro, pero el aire sabía a dulce y parecía crujir como el primer mordisco a una manzana caída. En el cielo brillaban una media luna y lo que parecía un trillón de estrellas.

«Para igualar el trillón de piedras, igual de misteriosas, sobre las que caminamos cada día», pensó. Misterio en el cielo, misterio en la tierra. Peso, masa, realidad: misterios por doquier.

—No llores —le pidió él—. Esto no es un puñetero funeral.

Ella lo empujó hacia el césped nevado. Las ruedas se hundieron veinte centímetros y se detuvieron. No se habían alejado mucho de la casa, pero lo suficiente para evitar quedar atrapado bajo uno de los aleros. «Eso sí que sería anticlimático», pensó, y se echó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia, Scott?

—Nada —respondió él—. Todo.

—Mira allí. En la calle.

Scott distinguió tres figuras abrigadas, cada una con una linterna: Missy, Myra y el doctor Bob.

—No pude impedir que vinieran. —Deirdre se situó delante de la silla y apoyó una rodilla en el suelo frente a la figura arropada de ojos brillantes y cabellos apelmazados por el sudor.

—¿Lo intentaste? Dime la verdad, DeeDee. —Era la primera vez que la llamaba así.

—Bueno…, no mucho.

Él hizo un gesto de comprensión y esbozó una sonrisa.

—Una discusión muy instructiva.

Ella se echó a reír y un momento después se enjugaba los ojos.

—¿Estás listo?

—Sí. ¿Me ayudas con las hebillas?

Desabrochó las dos que sujetaban el arnés al respaldo de la silla y de inmediato él levitó, solo retenido por el cinturón del regazo. Ella tuvo que

forcejear con esa última, pues estaba apretada y las manos se le entumecían por el frío de enero. Cada vez que tocaba a Scott, su cuerpo se elevaba por encima de la capa de nieve, haciendo que se sintiera como un muelle humano. Sin embargo, no se rindió y por fin el último cinturón que lo mantenía en la silla empezó a aflojarse.

—Te quiero, Scott —dijo ella—. Todos te queremos.

—Lo mismo digo —repuso él—. Dale a tu chica un beso de mi parte.

—Dos —prometió ella.

Entonces el cinturón se deslizó por la hebilla y estuvo hecho.

Despegó de la silla despacio, elevándose poco a poco y arrastrando el edredón por debajo de los pies, como si fuera el dobladillo de una falda larga, sintiéndose absurdamente como Mary Poppins, menos por el paraguas. Entonces una brisa lo atrapó y empezó a ascender más deprisa. Con una mano asió el edredón y con la otra apretó el SkyLight contra el pecho. Vio el círculo menguante del rostro vuelto hacia arriba de Deirdre. La vio agitar la mano, pero él tenía las suyas ocupadas y no pudo devolverle el gesto. Vio que los demás también le saludaban desde su ubicación en View Drive. Vio sus linternas apuntando hacia él y se percató de que empezaban a arrimarse unos a otros a medida que ganaba altitud.

La brisa trató de voltearlo y se acordó de cómo había patinado de lado en su ridícula travesía al buzón por la nieve congelada del césped, pero, cuando se desenfundó el edredón y lo extendió en la dirección de la que soplaba el viento, se estabilizó. Quizá no durara mucho, pero no importaba. Por el momento solo quería mirar abajo y ver a sus amigos, a Deirdre en el césped junto a la silla de ruedas, a los demás en la calle. Pasó por la ventana del dormitorio, donde la lámpara seguía encendida. Vislumbró varios objetos encima de la cómoda —un reloj, un peine, un pequeño fajo de billetes— que jamás volvería a tocar. Se elevó un poco más, y la luz de la luna brillaba con la suficiente intensidad como para permitirle ver el *frisbee* de algún niño encajado en un ángulo del tejado, quizá arrojado allí antes de que Nora y él compraran la casa.

«Ese niño podría ser ya adulto», pensó. «Podría estar escribiendo en Nueva York, cavando zanjas en San Francisco o pintando en París. Misterio, misterio, misterio».

Atrapó ahora el calor que escapaba de la casa, una corriente térmica, y empezó a ascender más rápido. El pueblo se reveló como si lo contemplara

desde un dron o aeroplano de vuelo raso, las farolas a lo largo de Main Street y Castle View como perlas en un collar. Divisó el árbol de Navidad que Deirdre había encendido hacía más de un mes y que permanecería en la plaza mayor hasta el uno de febrero.

Hacía frío allí arriba, mucho más frío que en el suelo, pero eso estaba bien. Soltó el edredón y lo observó caer, desplegándose a medida que descendía, frenándose, convirtiéndose en paracaídas, no ingrávido, pero casi.

«Todo el mundo debería pasar por esto», pensó, «y tal vez, cuando llega el final, todo el mundo lo experimenta. Tal vez, en el momento de morir, todo el mundo asciende».

Alargó la mano que sujetaba el SkyLight y rascó la mecha con una uña. Nada ocurrió.

«Enciéndete, maldita sea. No he tenido una última comida, así que ¿no podría al menos tener un último deseo?».

Volvió a rascar.

—Ya no lo veo —dijo Missy. Estaba llorando—. Se ha ido. También nosotros deberíamos…

—Esperad —la interrumpió Deirdre. Se había unido a los demás a la entrada del camino de Scott.

—¿A qué? —preguntó el doctor Bob.

—Vosotros esperad.

Así que esperaron, mirando a la oscuridad.

—No creo que… —empezó a decir Myra.

—Un poco más —les rogó Deirdre, pensando: «Vamos, Scott, vamos, ya casi has llegado a la línea de meta, esta carrera es tuya, es la que tienes que ganar, esta cinta tienes que romperla tú, así que no la pifies. No la cagues. Venga, campeón, a ver de qué eres capaz».

Un fuego brillante estalló muy por encima de ellos: rojos y amarillos y verdes. Hubo una pausa y entonces sobrevino una perfecta furia de oro, cascadas relucientes que llovían y llovían y llovían, un diluvio que parecía que no terminaría jamás.

Deirdre cogió de la mano a Missy.

El doctor Bob cogió de la mano a Myra.

Contemplaron el cielo hasta que las últimas chispas doradas se apagaron y la noche volvió a oscurecerse. En algún lugar del firmamento, muy por

encima de ellos, Scott Carey continuó elevándose, escapando de las garras mortales de la tierra, con el rostro vuelto hacia las estrellas.